

Esta es una pequeña muestra
del libro *Institución de
la religión cristiana*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

INSTITUCIÓN
de la
RELIGIÓN
CRISTIANA

J U A N C A L V I N O



INSTITUCIÓN de la RELIGIÓN CRISTIANA

J U A N C A L V I N O

Juan Calvino

INSTITUCIÓN
DE LA
RELIGIÓN CRISTIANA

nueva versión castellana

*basada en la edición francesa de
Marie de Védrines & Paul Wells*

*cotejada con las ediciones
latina de 1559
francesa de 1560
castellana (FELiRe 1967)*

con la colaboración de

Juan Carlos Martín
traductor

&

Alejandro Pimentel
editor

Institución de la religión cristiana

por Juan Calvino

© 2012 por Libros Desafío

© 2025 por Poiema Publicaciones

con permiso de la edición en francés moderno:

Édition Kerygma – 33 Avenue Jules Ferry – 13100 Aix-en-Provence – Francia

Éditions Excelsis – Quartier Le Clot – 26450 Charols – Francia

Traductor: Juan Carlos Martín

Editor: Alejandro Pimentel

Para las citas de la Biblia hemos recurrido a las siguientes versiones:

Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988

Sociedades Bíblicas Unidas; La Biblia de las Américas, Copyright © 1986, 1995,

1997 por The Lockman Foundation; Biblia Dios Habla Hoy, 3ª Edición

Copyright © Sociedades Bíblicas Unidas, 1996.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-22-6

SDG

Introducción

a la *Institución de la religión cristiana*

En marzo de 1536 aparecía en Basilea, en casa de Thomas Platter y Balthazar Lasius, bajo el signo de Minerva con casco, un librito de quinientas veinte páginas escrito en latín, con el título: *Christianae religionis institutio*. De formato pequeño, fácil de transportar clandestinamente, el libro lo había escrito un joven de veintisiete años casi desconocido, Juan Calvino, de Noyon. Los humanistas habían leído de él, un poco antes, un *Comentario* sobre la obra de Séneca, *De Clementia*. Pero el filólogo se había convertido en teólogo y había escrito el libro de su vida, continuamente reimpreso y aumentado en ediciones sucesivas.

1536. Situemos literariamente esa fecha. El *Espejo del alma pecadora*, de Margarita de Angulema, reina de Navarra, hermana de Francisco I, es de 1531. El primer libro de Rabelais, *Pantagruel*, es de 1532. Calvino y Rabelais, dos actitudes frente a la vida. Calvino arremeterá contra los «menospreciadores de Dios, que aparentan ceñirse a la Palabra y dentro de sus corazones se burlan de ella, y no la estiman en más que a una fábula».¹ Rabelais le dará oportuna respuesta al referirse al «diabólico Calvino, impostor de Ginebra».²

1536. Estamos ya casi en la segunda generación de la Reforma. Han pasado veinte años desde que Lutero clavara en la puerta de la iglesia de Wittenberg las noventa y cinco tesis contra las indulgencias (31 de octubre de 1517). Su mensaje acerca de la justificación por la sola fe penetró en círculos muy extensos. En 1525, Farel publicó en Basilea su *Sommaire et brève déclaration d'aucuns lieux fort nécessaires à un chacun chrétien pour mettre sa confiance en Dieu et aider son prochain* [Sumario en breve declaración de algunos lugares muy necesarios para cada cristiano con el fin de poner su confianza en Dios y ayudar al prójimo].³ Estos «lugares», estos *loci*, como decía Melancthon en 1521, eran capítulos de dogmática que trataban los principales puntos de la nueva enseñanza. Pero todavía faltaba una exposición

1. *Excuse de Jehan Calvin à Messieurs les Nicodémistes, sur la complainte qu'ilz font de sa trop grand' rigueur* (1544), CO, VI, col. 589-614 (cita col. 602).

2. Rabelais, *Cuarto libro* (1548), xxxii.

3. Acerca de la fecha y del lugar de la edición del libro de Farel, véase Guillermo Farel, *Sommaire et brève déclaration*, transcripción y adaptación de A.-L. Hofer, Neuchâtel, Éditions Belle Rivière, 1980, p. 7 ss.

sistemática de este pensamiento de la Reforma, y eso es lo que aporta el opúsculo de Calvino.

1536. Es también el inicio de la persecución contra los evangélicos en Francia. Hasta 1534, Francisco I parecía favorable a las nuevas ideas, influido por su hermana Margarita. Busca alianzas entre los príncipes alemanes ya ganados para la Reforma. A petición de Maigret, embajador de Francia entre los suizos, Zwinglio, el reformador de Zurich, redacta para el rey su *Brevis et clara fidei expositio ad regem christianum*. Pero en el momento en que Francisco I parecía favorable a la nueva causa, en la noche del 17 de octubre de 1534, unos pasquines que atacaban la misa aparecen colgados en París y en el castillo de Amboise, hasta en la puerta de la cámara real. Escritos por Marcourt, el pastor de Neuchâtel, en un estilo muy violento, estos pasquines se presentan al rey como una provocación, y él reacciona con condenas a la hoguera. Calvino escribirá más tarde: «En el incidente de los pasquines, se encendió una furia tan grande contra los fieles que nuestra causa se convirtió en algo odioso». En los meses siguientes, se suceden los suplicios por decenas. Sin embargo, para justificarse ante sus aliados de Alemania, Francisco I firma el manifiesto del 1 de febrero de 1535, en el que se quiere justificar por estas hogueras acusando a los ejecutados de ser sediciosos, exaltados, revolucionarios, del mismo género que esos anabaptistas a los que los príncipes del otro lado del Rin se veían obligados a reprimir.⁴

Para responder a estas acusaciones contra los evangélicos de Francia, Calvino escribe su *Institución de la religión cristiana*, precedida de la *Epístola al rey*, que expone con un estilo magnífico la meta que se proponía.

Veintidós años más tarde, en el prefacio de su *Comentario a los Salmos* (1557), que contiene raras y preciadas informaciones autobiográficas, Calvino escribía:

Mientras me hallaba en Basilea, oculto y conocido por pocas personas, quemaron en Francia a muchos fieles y santos personajes y, al extenderse el ruido a las naciones extranjeras, estas hogueras las consideraron como algo de extrema maldad una gran parte de los alemanes, tanto que les entró un fuerte rencor contra los autores de esa tiranía. Para apaciguarlos, se difundieron unos malvados libritos llenos de mentiras que defendían que un tratamiento tan cruel solo se daba a los anabaptistas y a los sediciosos que, con sus fantasías y falsedades, trastornaban no solo la religión, sino también el orden político.

Al ver que, con sus encubrimientos, estos cortesanos intentaban no solo tapar la indignidad de ese derramamiento de sangre con falsas acusaciones y calumnias con las que acusaban a los santos mártires después de su muerte, sino que también intentaban que hubiese después un medio para proceder contra todo extremismo [y] llevar a la muerte a los pobres fieles sin que nadie pudiese compadecerse de ellos, me pareció, digo, al ver esto, que no podía quedar yo limpio de la acusación de ser cobarde y desleal que habría merecido mi silencio si no me opusiera a ello con todas mis fuerzas.

4. Texto del manifiesto en Aimé-Louis Herminjard, *Correspondance des Réformateurs dans les pays de langue française*, 9 vol., Ginebra, 1886-1897, III, p. 249.

Esto es, pues, lo que me movió a publicar mi Institución de la religión cristiana: en primer lugar, para responder a las malvadas acusaciones que sembraban otros y limpiar el nombre de mis hermanos, cuya muerte era preciosa delante del Señor; y, después, en la medida en que las mismas crueldades podían pronto hacerse contra muchas pobres personas, para que las naciones extranjeras fuesen al menos tocadas por alguna compasión y solicitud. En esos tiempos, no saqué a la luz el libro tal como es hoy, copioso y tan trabajado: no era más que un libreto que contenía de manera resumida las principales materias. Y su propósito no era otro que el de poner de manifiesto la fe de aquellos a quienes esos malvados y desleales lisonjeros difamaban de manera tan vil y despreciable.⁵

Es ésta la intención que Calvino expone en su *Epístola al muy cristiano Rey*, fechada en Basilea el 23 de agosto de 1535.⁶

Poco después de la publicación de esta primera edición latina de la *Institutio* en 1536, Calvino, en su traslado de París a Estrasburgo, realizó, debido a la guerra que sacudía Champagne, un largo desvío por Ginebra. Como le reconocieron al pasar por esa ciudad, le retuvieron, como es sabido, a instancias de Farel. «El señor Guillermo Farel me retuvo en Ginebra, no tanto con un consejo o exhortación como por un solemne ruego, como si Dios hubiese desde los cielos extendido su mano para detenerme».⁷ Pero, después de años de actividad reformadora, Farel y Calvino son expulsados de Ginebra, por orden del Gran Consejo (el 23 de abril de 1538). «Bueno, ¡mejor así!», dice Calvino. «Si hubiésemos servido a los hombres, tendríamos una mala recompensa, pero servimos a un Señor mucho más grande, que nos recompensará».⁸

Mientras Farel se quedaba en Neuchâtel, donde permanecería el resto de su vida, Calvino se dirigía a Estrasburgo. Es allí donde, en 1539, publica la segunda edición latina de la *Institutio*, en la imprenta de Wendelin Rihel. El libro ha aumentado ya en formato y contenido. Se presenta en esta ocasión como un volumen de teología, *nunc vere demum suo titulo respondens*, respondiendo ahora de verdad a su título. Tiene diecisiete capítulos, en lugar de seis. Algunos ejemplares destinados a Francia tienen como nombre de autor *Alcuino*, anagrama de *Calvino*, para despicar a los inquisidores.

De vuelta en Ginebra en 1541, Calvino publica en esa fecha su primera edición francesa de la *Institución*, traducida por él mismo a partir de la edición latina de 1539.

Esta *Institution de la religion chrétienne* de 1541 es la primera obra teológica aparecida en francés, el primer ensayo que demuestra que las verdades dogmáticas pueden perfectamente expresarse en lengua vernácula. Rompiendo con la costumbre que pretendía que los trabajos de este género se presentasen en latín, Calvino

5. CO, XXXI, col. 24. N.D.E.: tal como lo cita Marc Vial, *Jean Calvin. Introduction à sa pensée théologique*, Ginebra, Musée international de la Réforme / Labor et Fides, 2008, p. 22-23.

6. Cf. Juan Calvino, *Épître au Roi François Ier*, introducción y notas de Jacques Pannier, París, 1927.

7. CO, XXXI, col. 26.

8. *Registre du Conseil de Genève à l'époque de Calvin*, III/I, ed. S. Coram-Mekkey, Ginebra, Droz, 2006, p. 235 (cf. M. Vial, *Jean Calvin. Introduction à sa pensée théologique*, p. 31).

publica su edición francesa de 1541 para atender, más allá del cerrado círculo de los especialistas, a todos los que deseaban instruirse en las nuevas ideas.

También en 1542, una decisión del Parlamento de París decreta por primera vez la prohibición y la destrucción del libro de Calvino. Manda a los poseedores de libros blasfemos y heréticos que los traigan al registro criminal de la Corte y precisa: «... todos y cada uno de los libros que tienen ante ellos, que contengan alguna doctrina nueva, luteranas y otras, contra la fe católica y la doctrina de nuestra santa madre Iglesia, y entre otros un libro titulado: *Institutio religionis christianae, auctore Alcuino*, y en lengua vulgar: *Institución de la religión cristiana compuesta por Juan Calvino*».

Esta prohibición no detuvo la difusión del libro, solo explica que queden tan pocos ejemplares de aquella edición.⁹ Pero las sucesivas ediciones se realizaron en el transcurso de los años. Éstas son las que se hicieron en vida de Calvino: en 1543, tercera edición latina (publicada por Rihel), traducida al francés en 1545. En 1545, cuarta edición latina (el mismo editor). En 1550, quinta edición latina (editada por Gérard en Ginebra), traducido en 1551. En 1553, sexta edición latina (editor, Robert Étienne), traducida en 1553. En 1554, séptima edición latina (publicada por Rivière). En 1559, séptima y última edición latina (publicada por Robert Étienne), traducida en 1560.¹⁰

El texto de la presente edición lo hemos establecido a partir de esa última edición francesa de 1560.¹¹ Desde esa fecha, se presenta bajo una forma diferente. Cuatro libros que contienen un total de ochenta capítulos, divididos en numerosos párrafos. En nuestra opinión, constituye la edición definitiva, aquella a la que hay que referirse para saber cuál era el estado último del pensamiento de Calvino. Cuando una obra pasa de seis capítulos a ochenta, es normal valerse de su última edición, como es normal conocer a una persona basándose en su edad madura mejor que en su infancia. En la edición francesa de 1560, en vida de Calvino, el texto primero de 1545 se modernizó, completado con las controversias de veinte años. No se puede negar este trabajo de desarrollo y de adaptación.

Sin embargo, no es ésta la opinión de todos. Los editores de las *Opera Calvini*, los sabios de Estrasburgo Baum, Cunitz y Reuss, valiéndose de esta edición de 1560 como base de su propia edición, formulaban expresas reservas acerca de la atribución a Calvino de la traducción francesa. Habían encontrado en el curso de su paciente trabajo casi monacal para dilucidar algunas partes confusas, errores de traducción y repeticiones que les llevaban a pensar que Calvino no era el autor de esa edición, sino que la había confiado a secretarios, negligentes en ocasiones.

Pero estas faltas parecieron bastante importantes a los editores estrasburgueses como para llegar a la conclusión de que la edición francesa de 1560 no procedía de la pluma de Calvino.

9. Siete ejemplares conocidos.

10. Véase para las informaciones bibliográficas: CO, I, *prolegomena*, p. XXI-XLIII; III, introducción, p. XXVII-XLIII.

11. Es decir, la edición de Jean Cadier y de Pierre Marcel de 1955. Poco después de esta edición en francés moderno, Jean-Daniel Benoît publicó una edición crítica del texto de la *Institución* de 1560, París, Librairie philosophique J. Vrin, 1957-1961.

Hemos reconocido que no se puede atribuir al propio autor con plena certeza más que la primera redacción del texto (francés) tal como apareció en 1541, tal vez también la importante y excepcional remodelación de los primeros capítulos (los siete primeros) de la última redacción de 1560... Todo el resto se compone de fragmentos de la antigua traducción allí donde el texto latino se ha mantenido intacto y de una nueva traducción de adiciones complementarias que constituyen casi la mitad del texto actual. Pero es esta parte tan notable de la traducción (de 1560) la que no nos atreveríamos a atribuir a la pluma de Calvino. Incluso es poco probable que hubiese revisado las pruebas. Porque no solo hemos encontrado muchas inexactitudes, omisiones, añadiduras gratuitas e impropiedades, sino incluso pasajes en los que está claro que el traductor ni siquiera había entendido el texto latino.¹²

Así pues, para ellos solo habría un texto francés válido, el de 1541.

Gustave Lanson retomó la cuestión.¹³ En un destacado artículo, el eminente crítico examina las conclusiones de los editores de las *Opera Calvini*. Sin embargo, muestra que algunos de los errores que ellos señalan se encuentran precisamente en fragmentos cuya autenticidad calviniana ellos no niegan, y que otros errores se encuentran ya en la edición de 1541 que ellos dicen proceder por completo de la mano del reformador. Reconoce que esos editores exageran los errores de traducción y llegan a conclusiones desmesuradas. Sin embargo, concluye de un modo bastante inesperado: «Pero en la traducción de 1560 quedan bastantes contrasentidos, e incluso sinsentidos incuestionables suficientes para que uno se niegue a ver en ella la obra de Calvino, que hubiese sido incapaz de semejantes descuidos».¹⁴

Lanson cree poder hallar la solución a este problema en un fragmento del prefacio de Colladon a la edición que él hizo de la *Institución cristiana* en 1576:

Como Calvino preparaba la versión francesa de su *Institución* conforme a la nueva edición (la latina de 1559), dictó una gran cantidad de cosas, tanto a su hermano Antoine como a un criado que hacía de secretario. Así, insertó en varios sitios páginas arrancadas de un ejemplar francés de impresión anterior; también tuvo con frecuencia que entregar sus papeles para que los engarzaran. Pero al final era absolutamente necesario que alguien revisase la obra. En efecto, había habido cambios considerables en un gran número de pasajes. Los borrados y los añadidos enmarañaban el texto de un extremo a otro, dificultando su lectura, con frecuentes faltas, dado que los secretarios no captan siempre las palabras que se les dictan. Por tanto, a ruego de Antoine Calvino, con cuyos fondos se debía imprimir pronto en la imprenta de Jean Crespin... he vuelto a ver los borradores latinos y franceses tal como estaban en los papeles del autor y me he encargado de releer, corregir y cotejar, con el fin de dejarlo todo más seguro, claro, fácil y menos enmarañado, al menos para la impresión.¹⁵

12. CO, III, p. xxv-xxvi.

13. *Revue historique*, enero de 1894, pp. 60-76.

14. *Ibid.*, p. 65.

15. CO, I, p. XLI, traducción de Lanson.

En la edición de 1560 había una *Advertencia* al lector que decía también: «Puesto que la presente copia de la *Institución* era difícil y enojosa de seguir por culpa de los añadidos escritos, unos en los márgenes del libro, otros en papel aparte, puede haber ocurrido, aunque nos hemos esforzado en evitarlo, que siga habiendo algunos errores y omisiones que sabrán ustedes excusar y corregir».

De estas diversas informaciones deducimos que el propio Calvino preparó la edición francesa de 1560, que dictó él mismo las correcciones a sus secretarios, pero que por otra parte estuvo demasiado ocupado en su ingente labor de predicación diaria, de enseñanza, de correspondencia, de dirección de la Iglesia, como para poner toda su atención a esta edición. «Desde que estoy aquí», escribe en esa fecha, «no recuerdo haber pasado ni dos horas sin que me interrumpen».¹⁶ Además, el Calvino hombre de Iglesia de 1560 puso menos atención a la publicación de su texto que el Calvino todavía humanista de 1541. Pero, con todo, no vemos por qué habría que negarle a esta edición de 1560 un origen plenamente calviniano. No encontramos nada que autorice a los editores de las *Opera Calvini* a declarar que más de la mitad de esta traducción no es de Calvino, o que permita al decano Doumergue decir de manera todavía más radical: «Es sabido que la traducción de la *Institución* de 1560 no es de Calvino».¹⁷ Tampoco admitimos la conclusión, más moderada, de Lanson: «Por mucho que esta traducción sea de Calvino, carece absolutamente de autoridad, desde el punto de vista literario se entiende... porque está realizada en condiciones de precipitación, de “abandono”, que hicieron de ella una tarea material, no un trabajo literario... El verdadero texto de la *Institución* en francés, el único que cabe tener en cuenta, es el de 1541».¹⁸

El juicio del crítico literario ha prevalecido. En 1911, el texto que publican Henri Chatelin y Jacques Panier es el de 1541, bajo la dirección de Abel Lefranc, en la Biblioteca de la Escuela de Estudios Superiores, fascículos 176 y 177. En 1936, sigue siendo el texto de 1541 el que Jacques Pannier edita en la colección Les Belles Lettres, bajo el patrocinio de la Asociación Guillaume Budé (cuatro volúmenes).

¿Lanson, Doumergue, Lefranc, Pannier! ¿Nos atreveremos a discrepar con estas autoridades? Sí, porque su severidad con respecto al texto de 1560 nos parece del todo exagerada. Hay errores, erratas de imprenta, molestas interferencias. Cierzo. Pero el texto de 1541 tampoco está libre de imperfecciones. En su *Étude comparative des textes latins et français de l'«Institution de la Religion chrétienne»*, aparecido en 1923, un erudito holandés, J. W. Marmelstein, presentó una lista de ellos tan importante como la de los errores que los editores de las *Opera Calvini* señalan en la de 1560.¹⁹ Se ocupa también de la lista de estos últimos y minimiza su gravedad.

16. CO, XI, col. 364.

17. E. Doumergue, *Jean Calvin, Les hommes et les choses de son temps*, Lausana, G. Bridel, después Neuilly-sur-Seine, La Cause, 1899-1927, 7 vol., II, p. 520.

18. Lanson, art. cit., p. 67.

19. J. W. Marmelstein, *Étude comparative des textes latins et français de l'«Institution de la Religion chrétienne» par Jean Calvin*, Groninga y La Haya, J. B. Wolters, 1923, p. 7-9. Cf. Benoît, I, p. 8 ss. Acerca de la organización de la *Institución* entre 1536 y 1559, véase su presentación en R. A. Muller, *The Unaccommodated Calvin. Studies in the Foundation of a Theological Tradition*, Oxford, University Press, 2000, especialmente los capítulos 2 y 7.

Nos permitimos remitir al lector a sus demostraciones, que nos parecen decisivas. Y concluimos con él que no es necesario quitarle a Calvino, pese a algunos errores de dictado o por las prisas, la redacción de la traducción francesa de 1560.

Más aún. Debemos constatar, junto a Marmelstein, que, de 1541 a 1560, Calvino retocó su texto. Corrigió algunas torpezas debidas a una traducción demasiado cercana al latín, la simplificó, la modernizó. *Sapience* pasó a ser *sagesse*; *cogitation* se convirtió en *pensée*. Se completan los nombres citados en latín en unas notas. Así, *Archelaus* se convierte en *le philosophe Archelaus*. Calvino escribía en 1541 como un humanista que se dirigía al público culto y en 1560 como un predicador que se dirigía a las personas que buscan.

Pero sobre todo afirmamos que, sea cual sea la importancia del factor literario, éste no debería ser el primordial en una obra como la *Institución*. Que Lanson sitúe su labor en su terreno, entra en su derecho e incluso en su deber. Pero el teólogo debe considerar ante todo los pasos de un pensamiento que se hace más preciso con el curso de los años, bajo la presión de las controversias y acontecimientos, además de por los estudios. Porque Calvino había puesto como lema de su última edición la frase de Agustín: «Confieso que soy de los que escriben aprendiendo y de los que aprenden al escribir». Se nos dirá que este pensamiento se endureció con el tiempo, que perdió su anhelo inicial. Tal vez. Pero cuando Calvino nos dice en su *Advertencia al lector* de esta última edición: «No me he sentido satisfecho hasta haberla digerido en el orden que ahora verán», tenemos que considerar que se refería de manera especial a esta nueva edición.

Así pues, hemos decidido, para la presente publicación, seguir la edición francesa de 1560, que posee la división en libros, capítulos y párrafos más cómoda, que además es la única división que se suele utilizar para las referencias. También, igual que ya había hecho el propio Calvino en vida, hemos modernizado el estilo y la ortografía, para que los lectores, más de los que se piensa, que tendrían problemas con las formas del siglo XVI, no encuentren tales obstáculos.

El título *Institución de la religión cristiana*, transcrito directamente del latín *Institutio*, se aplica a un tratado elemental, a unas lecciones. En este título se puede apreciar una marca de los estudios jurídicos que Calvino había realizado en obediencia a su padre, antes de consagrarse a la teología. Es seguro que en aquel tiempo tuvo en sus manos los *Instituta* de Justiniano y tal vez también la *Institutio oratoria* de Quintiliano. Melancthon había ya escrito también unas *Institutiones graecae grammaticae*. El término institución se aplica, pues, a un tratado, a un manual. Calvino también la denomina en su *Advertencia al lector* «la suma de la religión cristiana». Un contemporáneo de Basilea la llamaba en 1536 catecismo, *Catechismus Galli cujusdam ad Regem Franciae*.²⁰ Así es como la titula el editor Oporin al escribir a Calvino,²¹ y así es como el propio Calvino la llamó.²²

De nosotros no se espera un análisis teológico de este «catecismo». Eso sería exponer la doctrina calvinista al completo. Tan solo decimos algunas palabras acer-

20. Herminjard, *Correspondance des Réformateurs*, IV, 23, no 9.

21. *Ibid.*, 208

22. *Ibid.*, V, 134, no 7.

ca del método del reformador. Se trata de un método bíblico. Calvino considera haber presentado el argumento supremo y decisivo cuando ha citado un texto de la Escritura. Dicha autoridad de la Biblia la citará mediante referencias a los padres de la Iglesia, sobre todo a Agustín, pero también a Juan Crisóstomo, Pedro Lombardo y Bernardo de Claraval. Pero solo los cita como una confirmación. Lo esencial era la afirmación bíblica. Calvino desea establecer una guía de la sagrada Escritura, un manual en la escuela de Dios. Por eso, se trata de un método teocéntrico. Calvino parte del conocimiento de Dios para llegar al conocimiento del hombre, va de la teología a la antropología. La salvación es un don de Dios. La fe misma es un don de Dios, obra del Espíritu Santo. Todo procede de la iniciativa y de la gracia de Dios. La obstinación con la que Calvino presenta una y otra vez esta presencia soberana de Dios y plantea siempre la cuestión «del lado de Dios», constituye una manera nueva de tratar los problemas teológicos.

La *Institución cristiana* ha formado la piedad de los reformados, de esos hugonotes humildes e indomables a la vez; humildes porque se sabían dependientes de Dios, indomables porque se declaraban dependientes solo de él y amparados por su omnipotencia.

Jean Cadier y Pierre Marcel
(1955)

Argumento del presente libro

por Juan Calvino

(Edición de 1541)

Con el fin de que los lectores puedan obtener un mayor provecho de este libro, quiero mostrarles brevemente cuál será la utilidad del mismo para ellos. Al hacerlo, les voy a enseñar cuál debe ser su objetivo y los voy a dirigir a lo largo de toda la lectura. La santa Escritura contiene una enseñanza perfecta a la cual no se puede añadir nada, puesto que nuestro Señor quiso desplegar en ella los infinitos tesoros de su sabiduría. Sin embargo, una persona poco familiarizada con él necesita ser guiada para discernir qué es lo que debe buscar, sin extraviarse, para progresar con seguridad y finalmente llegar a donde el Espíritu Santo la llama.

Los que cuenta con más luz de Dios que los demás tienen la responsabilidad de acudir en ayuda de los que están más atrás, como tomándolos de la mano, para conducirlos y hacerles descubrir la sustancia de lo que Dios ha querido enseñarnos en su Palabra. El mejor método es tratar, a partir de las Escrituras, los temas principales en cuanto a importancia y consecuencias, que tienen que ver con una filosofía cristiana. La persona que haya entendido esto se encontrará preparada para realizar más progresos en un día que otras personas en tres meses, en la escuela de Dios. En efecto, tal persona sabe de lo que concierne a cada elemento y de cómo ordenar todo lo que se le presenta.

Consciente de que era indispensable ayudar de esta manera a los que desean conocer la doctrina de la salvación, me he esforzado por hacerlo, con las facultades que el Señor me dio. Esa es la razón por la que he escrito este libro. Primero lo hice en latín para servicio de las personas cultas de cualquier nación; después, con el deseo de comunicar lo que pudiera ser de provecho para nuestra Francia, lo traduje a nuestro idioma.

Como no quiero ser pretencioso, no voy a decir demasiado de las bondades de esta obra ni de lo provechosa que será su lectura. No obstante, puedo prometer que estas páginas serán como una llave que permitirá a los hijos de Dios acceder a una comprensión buena y recta de la santa Escritura. Si, más tarde, nuestro Señor

me permite y me concede la ocasión de hacer algunos comentarios, los haré lo más cortos posible, porque no harán falta extensas digresiones. En efecto, aquí he presentado todos los temas de la fe cristiana.

Dado que hay que reconocer que toda la verdad y la sana doctrina proceden de Dios, me atrevería a afirmar, de modo simple y directo, lo que pienso de mi libro, que debe su autoría, y las correspondientes alabanzas, más a Dios que a mí. Exhorto a todos los que tienen respeto por la Palabra del Señor que lo lean y dejen cuidadosamente grabado en la memoria, si quieren, primero, tener una presentación resumida de la doctrina cristiana y, después, una útil introducción a la lectura tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Cuando hayan realizado esta lectura, verán que no les he engañado. Si alguno no puede entenderlo todo, que no se desanime, que persevere con la esperanza de que otro pasaje le aportará una explicación que le aclare lo que le parecía difícil. En todos los temas, conviene verificar en la Escritura la interpretación que propongo.

Juan Calvino al lector

(Edición de 1560)

En la primera edición de este libro, para la cual espero que Dios quiera, en su gran bondad, que tenga una buena acogida, he procurado ser lo más breve posible. Pero, al haber percibido con el tiempo, que el libro ha sido recibido con una aceptación que ni se me habría ocurrido imaginar (y mucho menos esperar), me he sentido en la obligación de dedicarme de mejor y más extensa manera a mi tarea en razón quienes reciben con tanto interés esta enseñanza. Habría sido una muestra de ingratitud por mi parte no responder a lo que se esperaba, en la medida de mis humildes posibilidades.

Por eso este libro, al editarse por segunda vez y en ediciones siguientes, se ha visto aumentado y enriquecido. Aunque nunca me ha pesado todo el esfuerzo empleado, reconozco que no me sentía satisfecho conmigo mismo dado que no le había dado a la obra la presentación que ahora posee y que, como espero, ustedes aprobarán. Puedo dar testimonio de no haber escatimado nada para servir a la Iglesia de Dios de esta manera y de haber puesto en ello todo el cuidado posible. El invierno pasado, gravemente enfermo y cercano a la muerte, me esforcé por terminar este libro, para que ponga de manifiesto mi gran deseo de corresponder a lo que esperan quienes ya se habían beneficiado de él y querían beneficiarse aún más.

Me hubiera gustado mucho haberlo hecho más pronto: pero así bastará, si todo se ha llevado bien a cabo. En cuanto a mí, tendré suficiente con que esta obra aporte aún más provecho del actual a la Iglesia de Dios. Ese es mi único anhelo. A decir verdad, sería yo muy ingrato si no me contentase con recibir la aprobación de Dios, y si no tuviese en nada las falsas y necias opiniones de los ignorantes o las calumnias y denuncias de los malvados...¹

Mi único propósito ha sido preparar adecuadamente e instruir a los que quieren entregarse al estudio de la teología. Mi objetivo ha sido facilitarles el acceso a la santa Escritura para que se familiaricen con ella, la entiendan mejor y se mantengan sin tropiezo en el buen camino. En efecto, creo que he sintetizado los diferentes

1. En la edición de 1955, se suprimió un pasaje que hacía referencia a la Dieta de Augsburgo de 1558.

elementos de la religión cristiana en el orden deseado, de manera que quien haya entendido bien mi método de enseñanza podrá fácilmente formarse una opinión y determinar qué es lo que debe buscar en la Escritura y con qué objetivo. Por eso no hay gran necesidad, en los comentarios donde presento los libros de la santa Escritura,² de que desarrolle más los temas tratados en la presente obra. Este es un desarrollo general destinado a guiar a quienes desean recibir ayuda. Deja claro que no me gustan las digresiones, ni ser prolijo. Los lectores no encontrarán molestia ni estorbo si se han aplicado para capacitarse por medio de la instrucción contenida en este libro, que les ayudará a abordar con facilidad el resto: prefiero que se experimente eso a dedicarle elogios. Les recomiendo, pues, al cuidado de Dios, deseando asimismo que no me olviden ustedes en sus santas oraciones, si mi labor les ha sido de provecho.

En Ginebra, primero de agosto de 1559.

2. Calvino escribió comentarios de la mayor parte de los libros de la Biblia. Para el Nuevo Testamento le falta Apocalipsis.

Al muy cristiano Rey de Francia
Francisco I,
príncipe y soberano señor de Francia,
Juan Calvino,
paz y salud en nuestro Señor Jesucristo

Al comenzar a escribir este libro no tenía la intención, mi Señor, de escribir nada a Vuestra Majestad: mi propósito era tan solo enseñar algunos sencillos elementos destinados a alimentar la piedad de los que tuviesen el deseo de servir a Dios. Mi deseo es, principalmente, que mi trabajo sea útil para los franceses, a muchos de los cuales veo con hambre y sed de Jesucristo y a pocos con un conocimiento adecuado de él. Este proyecto procede claramente del libro en el que he utilizado la forma de enseñanza más sencilla posible. Pero, al ver que la oposición de algunos malintencionados había sido tan grande que no había dejado sitio alguno a la sana doctrina, me ha parecido imprescindible utilizar este libro al mismo tiempo para la instrucción de aquellos a quienes, en primer lugar, me había prepuesto enseñar, pero también como confesión de fe, para que conozcáis cuál es la fe contra la que se alzan los que, mediante el fuego y la espada, perturban hoy vuestro reino. No me produciría ninguna vergüenza reconocer que aquí presento una especie de resumen de esta doctrina que algunos consideran que habría que reprimir con la prisión, el destierro, el exilio y el fuego, y acerca de la cual insisten en que debe ser erradicada del todo.

Acusaciones injustas contra los evangélicos perseguidos

Conozco bien los horribles informes con los que han apelado a vuestro oído y corazón, para convenceros del carácter odioso de nuestra causa.¹ Pero, según vuestra

1. Referencia a las persecuciones que tuvieron lugar en Francia después del asunto de los pasquines del 18 de octubre de 1534.

clemencia y bondad, habréis de ver que, si con acusar bastase, no habría inocencia alguna, en palabras o actos, que se salvase. Si alguno, para promover el odio contra esta doctrina —a la cual quiero hacer justicia—, se pone a declarar que ya ha sido condenada de común acuerdo por todos los Estados, que ha sido objeto de numerosos juicios, lo único que estará diciendo es que tal doctrina ha sido en parte violentamente abatida por el poder y la conjura de sus adversarios, y en parte malévolamente oprimida por las mentiras, engaños, calumnias y traiciones de ellos. Los injustos juicios que se han pronunciado contra ella lo han sido mediante la fuerza y la violencia, sin darle ocasión ni a defenderse. Mediante el engaño y la traición es como, sin tener razón, han calificado esta doctrina como sediciosa y dañina. Para que nadie crea que nos quejamos sin motivo, vos mismo podéis, mi señor, ser testigo de las muchas calumnias que tal doctrina recibe, cada día, ante Vuestra Majestad: según ellas, su único propósito sería eliminar toda autoridad, perturbar la paz, abolir las leyes, suprimir los señoríos y posesiones; en resumen, promover una total confusión.

Sin embargo, a vuestros oídos no llega ni la menor parte. Entre el pueblo se extienden terribles murmuraciones contra esta doctrina, las cuales, si fueran ciertas, permitirían con toda justicia que todos la juzgaran, a ella y a sus autores, digna de mil fuegos y patíbulos. ¿Cómo vamos a sorprendernos ahora de que en todo el mundo se le tenga tanto odio, cuando se da crédito a tantas y tan injustas acusaciones? Por eso todas las clases de la sociedad se ponen de acuerdo para condenarnos tanto a nosotros como a nuestra enseñanza. Las personas que se han erigido en jueces, totalmente entregadas a sus propios sentimientos, pronuncian como sentencia las opiniones que se han traído de sus casas y consideran desempeñar su oficio si solo condenan a muerte a los que se reconocen culpables por su confesión o por un testimonio digno de fe. Pero ¿de qué crimen? Del de abrazar esta condenada doctrina, dicen ellos. ¿Por qué la consideran así? Ésta ha sido la sustancia de nuestra defensa: no abjurar de esta doctrina, sino defenderla como verdadera. Pero se nos ha retirado el derecho a la palabra.

En defensa de la libertad de los perseguidos

Por eso, Majestad, no me falta razón al rogaros que obtengáis un conocimiento completo de esta causa. Hasta aquí ha sido maltratada de forma ilógica, lejos de todo derecho; ha sido objeto de excesos y no ha recibido el beneficio de la moderación y objetividad de la justicia. No penséis que pretendo presentar mi defensa personal para obtener la autorización de regresar a mi tierra natal. Desde luego, tengo a ese respecto el sentimiento de cualquier hombre, pero, dada la situación actual, no sufro demasiado por estar privado de esa libertad. Lo único que pretendo es defender la causa común de los creyentes, la de Cristo, que hoy está siendo tan maltratada y pisoteada, en vuestro reino, que parece sin esperanza. Si así es, se debe a la tiranía de algunos fariseos y no a vuestra voluntad. No hace falta explicar aquí como se produce eso. Sea como sea, esta causa se halla gravemente comprometida.

El poder de los adversarios de Dios ha conseguido hasta ahora que la verdad de Cristo, aunque no esté perdida ni eliminada, si se encuentre oculta y cubierta como si fuera algo vergonzoso. Además, la pobre Iglesia se encuentra o bien desolada por crueles muertes, o mutilada por destierros, o tan afectada por las amenazas y amedrentamientos que no se atreve a hacer oír su voz. Sus enemigos insisten tanto que se han acostumbrado, después de haberlo sacudido todo, a llevar a su fin la destrucción emprendida. Nadie se levanta para oponerse a tales violencias. Algunos, que dicen ser abogados de la verdad, dicen que en cierto modo hay que perdonar la imprudencia y la ignorancia de las gentes simples. Con esas palabras, se avergüenzan tanto del Evangelio que califican la ineludible verdad de Dios de imprudencia y de ignorancia, y a aquellos a quienes nuestro Señor apreció tanto que les comunicó los secretos de su sabiduría los califican de «gentes simples».

Pero a vos os corresponde, Majestad, no apartar vuestro oído ni vuestro ánimo de una causa tan justa, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de un asunto capital: cómo mantener la gloria de Dios en la tierra; cómo conservar su honra, su dignidad y su verdad; cómo salvaguardar totalmente el reino de Cristo. Este tema es digno de captar vuestra atención, digno de atañer a vuestra jurisdicción, ¡digno de vuestro real trono! Porque un verdadero rey sabe reconocerse como verdadero ministro de Dios al gobernar su reino.² Por el contrario, el que no reina con la preocupación de servir a la gloria de Dios no ejerce una autoridad legítima, sino que se comporta como un bandido. Y estamos equivocados si esperamos una larga prosperidad para un reino que no está sometido al cetro de Dios, es decir, a su santa Palabra. Porque la sentencia celestial no puede mentir cuando señala: «Sin profecía el pueblo se desenfrena» (Proverbios 29:18).

No debéis menospreciarnos por nuestra pequeñez. Está claro que sabemos bien que somos pobres y despreciables gentes: ante Dios, miserables pecadores, entre los hombres, seres vilipendiados y rechazados, e incluso, si así lo queréis, somos el estiércol y los desperdicios del mundo, o más aún, si se me permite nombrarlo, algo todavía más vil. Tampoco nos queda nada con lo que gloriarnos ante Dios, excepto su sola gracia, por medio de la cual, sin mérito alguno por nuestra parte, hemos sido salvados; y entre los hombres, excepto nuestra debilidad, es decir, lo que todos consideran una gran ignominia.

Sin embargo, nuestra doctrina ha de subsistir en lo alto, insuperable, por encima de toda la gloria y todo el poder del mundo. Porque no es nuestra, sino del Dios vivo y de su Cristo, a quien el Padre constituyó Rey, para dominar «de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra» (Salmo 72:8) y herirá la tierra «con la vara de su boca» (Isaías 11:4), para quebrar a las naciones con su poder y su gloria «como vasija de alfarero» (Salmo 2:9). Los profetas predijeron la magnificencia de su reino: derribará los reinos duros como el hierro y el bronce, y resplandecientes como el oro y la plata (Daniel 2:32ss).

Bien cierto es que nuestros adversarios nos reprochan que citamos con falsedad la Palabra de Dios, a la cual, según ellos, desviamos de su verdadero sentido.³

2. IC, IV, xx, 29, 31. *Comm.*, Romanos 13:1-7. Cf. Agustín, *La ciudad de Dios*, V, xxiv.

3. Alfonso de Castro, *Adversus omnes haereses*, París, 1534, I, 4, fo 7-8. Alfonso de Castro, muerto en 1558,

Podréis juzgar por vos mismo, con vuestra sabiduría, en la lectura de nuestra exposición, hasta qué punto dicho reproche está lleno no solo de malvada calumnia, sino de una increíble osadía. No obstante, sería conveniente presentar aquí algunas indicaciones para introducir vuestra lectura. Cuando Pablo quiso que toda profecía fuese interpretada conforme a la analogía y a la similitud de la fe (Romanos 12:6),⁴ declaró una regla segura para apreciar toda interpretación de la Escritura. Si, pues, nuestra doctrina se examina conforme a esa regla de fe, la victoria está de nuestra parte. Porque, ¿qué puede ser más propio de la fe que reconocernos desprovistos de toda cualidad para ser vestidos por Dios, desprovistos de todo bien para ser llenos por él, esclavos del pecado para ser liberados por él, ciegos para ser iluminados por él, cojos para ser sanados por él, frágiles para ser fortalecidos por él, privados de todo indicio de gloria para que él sea glorificado, y nosotros en él?

Cuando decimos estas cosas y otras parecidas, nuestros adversarios exclaman que de esa manera iríamos en contra de no sé qué cegadora luz de la naturaleza,⁵ una preparación que se han inventado para hacernos volver a Dios:⁶ el libre albedrío,⁷ las obras meritorias para la salvación eterna, con sus «supererogaciones».⁸ Por eso no pueden soportar que toda la gloria y la alabanza de cualquier bien, que todo poder, justicia y sabiduría, residan en Dios. Pero en ningún lugar leemos que nadie haya sido reprendido por sacar demasiada agua de «la fuente de agua viva»; al contrario, el profeta corrige con fuerza a los que se cavaron «cisternas rotas que no retienen agua» (Jeremías 2:13). Además, ¿acaso hay algo más propio de la fe que tener a Dios por padre tierno y benigno cuando se reconoce a Cristo como nuestro hermano y redentor, que esperar todo el bien y toda prosperidad de Dios, cuyo amor por nosotros ha sido tan grande que «no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Romanos 8:32), que esperar con total confianza la salvación y la vida eterna cuando pensamos que Cristo nos fue dado por el Padre, en quien están ocultos tales tesoros? Nuestros detractores se oponen a estas cosas diciendo que una certeza de fe semejante no existe sin atrevimiento y orgullo. No hay nada nuestro de lo que presumir, sino todas las cosas de Dios, y si somos, por otra razón, despojados de toda vana gloria, es para gloriarnos en Dios.

¿Qué más voy a decir? Considerad, Majestad, todos los aspectos de nuestra causa, y juzgadnos los peores de entre los malos si no encontráis que estamos siendo manifestamente atacados y cubiertos de injurias y oprobios por poner nuestra esperanza en el Dios vivo (1 Timoteo 4:10), por creer que «esta es la vida eterna:

polemista y defensor de la Iglesia de Roma, era un franciscano español.

4. Latín: *fidei analogia*. Cf. IC, IV, xvii, 32 y Com., Romanos 12:6.

5. Jean Cochlée, *De libero arbitrio hominis adversus locos communes Philippi Melanctonis* (1525), I, 9, E 4b. Cochlée (Johannes Dobneck, llamado Cochlaeus, 1479-1552), humanista y católico, escribió tratados polémicos contra la doctrina luterana y la *Confesión de Augsburgo*, redactada por Felipe Melanchthon en 1530.

6. *Ibid.*, I, 3, B 3a; C 5a; II, L 2a; Jean Eck, *Enchiridion locorum communium adversus Martinum Lutherum et asseclas ejus* (1532), 31, L 4 b. Jean Eck (1486-1543) era un defensor de la doctrina tradicional de la Iglesia romana, que argumentó contra Martín Lutero intentando demostrar que éste había retomado las ideas del reformador y mártir checo Juan Hus (1369-1415).

7. Jean Cochlée, *De libero arbitrio hominis*, I, F 8a; Jean Eck, *Enchiridion*, 5, C 6 b; D 1 a.

8. Jean Eck, *Enchiridion*, 24, I 5 a; I 6 b. Cf. IC, III, v, 2-5.

que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3). A causa de esta esperanza, algunos de nosotros son detenidos en prisión, otros azotados, otros obligados a renegar de su fe, otros desterrados, otros tratados con crueldad, otros obligados a exiliarse: somos perseguidos, tenidos por malditos y execrables, insultados y tratados de manera inhumana. Contemplad, por otra parte, a nuestros adversarios (me refiero a la situación de los sacerdotes, los que inspiran y animan a quienes se nos oponen), y considerad por un momento conmigo a quienes los empujan y dirigen.

Actitudes contradictorias de los críticos de la Reforma

Los sacerdotes se permiten sin más, a ellos y a otros, ignorar, descuidar y menospreciar la verdadera religión que la Escritura nos enseña y que no es susceptible de duda ni sospecha alguna. Creen que no hay interés en saber cuál es la fe que uno recibe o no de Dios y de Cristo. El sentido de la fe implícita, como ellos dicen, tiene que estar sometido al juicio de la Iglesia.⁹ A los sacerdotes no les preocupa mucho que la gloria de Dios resulte manchada con notables blasfemias en tanto que nadie se levanta contra la autoridad de nuestra santa madre, la Iglesia, es decir, en su mentalidad, la sede romana. ¿Por qué combaten con tanta convicción y energía en favor de la misa, del purgatorio, de las peregrinaciones y de otras zarandajas, hasta el punto de negar que la verdadera piedad pueda subsistir sin creer y tener por justas estas cosas, aunque de ningún modo las pueden probar con la Palabra de Dios? ¿Por qué, si no es por el hecho de que su vientre es su dios, la cocina su religión, y porque sin ellos no solo no se imaginan poder ser cristianos, sino que ni siquiera creen ser hombres? Porque, aunque unos viven en la abundancia de lujo y otros más viven royendo cáscaras, todos se alimentan de una misma olla que, sin tales ayudas, no solo se enfriaría, se congelaría. De este modo, aquel de entre ellos que más se preocupa de su vientre es el que posee la fe más activa. En resumen, todos tienen el mismo discurso, conservar su reinado y la barriga llena.

Ninguno de ellos manifiesta el menor celo adecuado; y, sin embargo, no cesan de calumniar nuestra doctrina, de condenarla y de difamar la de todas las maneras posibles, para hacerla digna de odio o sospecha. La califican de nueva y afirman que es de reciente creación. Le dirigen el reproche de ser oscura e incierta.¹⁰ Preguntan cuáles son los milagros con que ha sido confirmada¹¹ y si es razonable que pase por alto el consentimiento de tantos antiguos padres, y que deje a un lado una tan larga tradición.¹² Insisten en que reconozcamos que esta doctrina es cismática, porque combate a la Iglesia,¹³ o que declaremos que la Iglesia ha estado como muerta durante los muchos años en los cuales no se ha hecho ninguna mención de esta

9. Cf. *IC*, III, II, 2-5.

10. Alfonso de Castro, *Adversus omnes haereses*, I, 14, fo 29 F.

11. *Ibid.*, 7, fo 15 E.

12. Josse Clichtove, *Antilutherus*, Paris, 1525, I, 12, fo 24ss. Josse Clichtove, neerlandés (muerto en 1543) que fue profesor en el Colegio de Navarra en Paris. Después de haber estado cerca de Lefèvre d'Etaples, tomó una posición contraria a la Reforma.

13. Jean Eck, *Enchiridion*, 1, A 5 b.

doctrina.¹⁴ Por último, dicen que no es necesario plantear muchos argumentos, puesto que esta doctrina se puede juzgar por sus frutos, dado que engendra una gran cantidad de sectas,¹⁵ trae perturbación y sediciones,¹⁶ e incita al mal.¹⁷

En realidad, les resulta muy fácil aprovecharse de su ventaja frente a una causa indefendible y perdida, sobre todo cuando hay que convencer a una población ignorante y crédula. Si nosotros tuviésemos las mismas oportunidades para hablar, creo que el ardor que despliegan con tanta aspereza contra nosotros se enfriaría un poco.

¿Es nueva esta doctrina?

En primer lugar, al calificar de nueva esta doctrina, injuria gravemente a Dios, cuya sagrada Palabra no merece de ningún modo ser considerada una novedad. Desde luego, no dudo de que en lo que a ellos concierne sea nueva, porque también ven así al propio Cristo y su Evangelio. Pero el que sabe que esta predicación de Pablo es antigua —Jesucristo murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Romanos 4:25)— no encontrará nada nuevo entre nosotros. Si esta predicación ha estado mucho tiempo oculta y sin conocer, es un crimen imputable a la impiedad de los hombres. Si ahora, por la bondad de Dios, se nos ha presentado, lo mínimo que podemos hacer es recibirla con su autoridad antigua.

La misma ignorancia lleva a considerar esa doctrina como oscura e incierta. Precisamente de eso se queja nuestro Señor por boca de su profeta: «El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento» (Isaías 1:3). Se burlan del carácter dudoso de nuestra doctrina, pero si ellos tuvieran que suscribir la suya con su propia sangre y con su vida el juego, veríamos entonces cómo la tomarían. Nuestra seguridad es muy distinta, porque no teme ni a los terrores de la muerte ni al juicio de Dios.

El papel de los milagros

Nuestros detractores no son muy razonables cuando nos reclaman milagros. Porque no estamos fabricando un nuevo Evangelio, sino que apelamos a aquel cuya verdad está confirmada por todos los milagros que Jesucristo y sus apóstoles quisieron. Se podría decir que, al contrario que nosotros, ellos pueden pretender confirmar su doctrina con los milagros continuos que hasta hoy producen. Pero mencionan más bien milagros tan frívolos o mentirosos que podrían extraviar y hacer dudar a cualquier espíritu que, de otro modo, se hallaría tranquilo. Sin embargo, aunque tales milagros fueran los más admirables que uno pueda imaginar, no deberían en absoluto oponerse a la verdad de Dios, porque el nombre de Dios siempre y en

14. *Ibid.*, I, A 5 a; Alfonso de Castro, *Adversus omnes haereses*, I, 14, fo 29 F.

15. Jean Eck, *Enchiridion*, I, A 5 b.

16. Carta de Francisco I a los príncipes germanos.

17. Josse Clichtove, *Antilutherus*, I, 1, fo 4.

toda circunstancia debe ser santificado, ya sea mediante milagros, ya sea mediante el orden natural de las cosas. La pretensión de ellos podría tener más valor si la Escritura no nos hubiese indicado cuál es la función legítima de los milagros. Marcos indica, en efecto, que los que hicieron los apóstoles sirvieron para confirmar su predicación (Marcos 16:20). Del mismo modo, Lucas dice que nuestro Señor quiso de esa manera dar testimonio de la Palabra de su gracia (Hechos 14:3). A eso se refiere lo que dice el apóstol: la salvación anunciada mediante el Evangelio fue confirmada mediante los milagros y el poder con los cuales Dios dio testimonio de ella (Hebreos 2:4).

Cuando entendemos que los milagros tienen que ser sellos que sellan el Evangelio, ¿vamos a cambiarlos para destruir su autoridad? Cuando entendemos que su propósito es establecer la verdad, ¿vamos a usarlos para fortalecer la mentira? Tal como recomienda el evangelista, es necesario que se examine primero la doctrina que precede a los milagros: si es fiel, podrá ser confirmada con milagros. Pero una doctrina puede considerarse verdadera si, como Cristo dice, no es para la gloria de los hombres sino para la de Dios (Juan 7:18; 8:50). Dado que Cristo afirma que esa debe ser su confirmación, no es correcto utilizar los milagros para darles otro propósito que el de glorificar el nombre de Dios. Debemos asimismo recordar que Satanás hace milagros que, aunque presentan una ilusión más que un verdadero poder, son sin embargo capaces de confundir a las almas sencillas e ignorantes. Los magos y hechiceros siempre han obtenido su fama con milagros; la idolatría de los paganos se ha alimentado con milagros sorprendentes, que de ningún modo son suficientes para convencernos del valor de la superstición de los magos ni de los idólatras.

En otro tiempo, los donatistas¹⁸ abusaron del mismo modo de la candidez del pueblo llevando a cabo numerosos milagros. Por tanto, ahora damos a nuestros adversarios la misma respuesta que Agustín dio a los donatistas: nuestro Señor nos ha prevenido suficientemente contra los que hacen milagros y nos anuncia que llegarán falsos profetas que «harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos» (Mateo 24:24).¹⁹ Y Pablo advirtió de que el reinado del anticristo «es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos» (2 Tesalonicenses 2:9). Pero nuestros milagros, dicen nuestros detractores, no los realizan los ídolos, y los hechiceros, ni falsos profetas, sino los santos: ¡como si no supiéramos que Satanás es tan astuto que «se disfraza como ángel de luz» (2 Corintios 11:14)! En la antigüedad, los egipcios hicieron de Jeremías un dios que tuvo su lugar en la religión de ellos, le ofrecían sacrificios y le honraban como a sus otros dioses.²⁰ ¿Acaso no estaban abusando del santo profeta de Dios en provecho de su propia idolatría? Y sin embargo, al ser sanados de la

18. El donatismo es un movimiento que se desarrolló en el África romana en los siglos IV y V. Toma su nombre de Donato, obispo de Casae Nigrae, en Numidia. El punto principal de choque con la Iglesia tiene que ver con la validez de los sacramentos ministrados por los obispos que hubiesen caído, durante las persecuciones de Diocleciano (303-305). Esta posición la condenó en el 313 el concilio de Roma.

19. Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 13, 17.

20. Las ediciones antiguas remiten, por error, a Jerónimo, *Comentario al profeta Jeremías*. Se trata de Isidoro de Sevilla (muerto en el 636), *De ortu et obitu patrum*, XXXVIII, 74.

mordedura de las serpientes, creían que de ese modo estaban siendo recompensados por la veneración que daban a su sepulcro. ¿Qué podemos decir, si no es que Dios fue y será siempre justo en su juicio al enviar «un poder engañoso, para que crean la mentira... los que no creyeron a la verdad» (2 Tesalonicenses 2:11-12)?

Por tanto, no nos faltan los milagros; estos son ciertos, y es imposible burlarse de ellos; por el contrario, los milagros que alegan nuestros adversarios son puras ilusiones de Satanás, cuando confunden al pueblo y no lo animan a honrar a Dios.

El testimonio de los padres

Además, se confunden al invocar a los antiguos padres, es decir, a los escritores de la Iglesia primitiva, como si ellos apoyasen su impiedad. Si hubiese que invocar la autoridad de ellos como árbitros entre nosotros, en su mayor parte nos favorecerían en la contienda.

Los antiguos padres escribieron con sabiduría cosas excelentes, pero también les ocurrió en muchas ocasiones que se equivocaron y erraron, lo cual es humano. Nuestros detractores, dada su rectitud de espíritu, de juicio y de voluntad, solo adoran los errores y defectos de los padres, mientras que aquellas cosas que dijeron bien, o no las ven o las disimulan o las pervierten, como si su única preocupación fuese la de recoger el estiércol de entre el oro. Y después nos persiguen alborotadamente como si menospreciásemos a los padres y fuésemos sus enemigos. Ni mucho menos los despreciamos, porque, si ese fuese el objeto de esta exposición, me sería fácil basar en los testimonios de ellos la mayor parte de lo que hoy afirmamos. Lee-mos sus escritos y los juzgamos acordándonos de lo que dice Pablo: todas las cosas son nuestras para nuestro provecho, no para dominarnos; «y vosotros [sois] de Cristo» a quien hay que obedecer siempre y completamente (1 Corintios 3:21-22). Los que no observan eso no pueden tener nada seguro en materia de fe, puesto que los santos padres de quienes hablamos ignoraban muchas cosas, difieren mucho entre sí e incluso, a veces, se contradicen.

Salomón, nos dicen ellos, no carece de razón al mandarnos «No traspases los linderos antiguos que pusieron tus padres» (Proverbios 22:28).²¹ Pero no se trata de mantener una misma regla para los linderos de los campos y para la obediencia a la fe, que debe ser tan precisa como para hacernos olvidar a nuestro pueblo y la casa de nuestro padre (Salmo 45:11). Además, dado que nuestros detractores tienen tanto aprecio a las alegorías, ¿por qué no toman por padres de la Iglesia a los propios apóstoles, y prohíben traspasar sus linderos y no los linderos de ningún otro? Así es como lo interpretó Jerónimo, cuyas palabras han recordado ellos en sus cánones.²² Y si quieren que se guarden los límites de los padres de la Iglesia, ¿por qué los traspasan ellos tan descaradamente cuando les apetece?

21. Jean Cochlée, *De libero arbitrio hominis*, I, B 4b; Jean Eck, *Enchiridion*, I, B 2 a.

22. Graciano, *Decreto*, II, C.24 q.3 c.33; Jerónimo, *Comentario a Oseas*, II, sobre Oseas 5:10.

Uno de los que se cuentan entre los padres de la Iglesia dijo que como Dios no comía ni bebía, no había que hacer platillos ni cálices.²³ Otro dijo que los sacramentos de los cristianos no necesitan oro ni plata, y que no agradan a Dios si están en oro.²⁴ Así que traspasan los linderos cuando en sus ceremonias aprecian tanto el oro, la plata, el mármol, el marfil, las piedras preciosas y las sedas, y creen que Dios no puede ser honrado dignamente si no hay abundancia de esas cosas.

Otro padre de la Iglesia afirmó que él podía comer libremente carne en cuaresma, mientras que los demás se abstenían de ella: porque él era cristiano.²⁵ Nuestros detractores traspasan, pues, los linderos cuando excomulgan a quien haya consumido carne en cuaresma.

Uno de esos padres de la Iglesia dijo²⁶ que al monje que no trabaja con sus manos hay que considerarlo como un bandido, otro afirmó que no se permite a los monjes vivir de los demás, aunque se consagren asiduamente a la contemplación, la oración y el estudio.²⁷ También han traspasado los linderos al meter las ociosas barrigas de los monjes en burdeles —quiero decir, en sus claustros— para cebarlos con los bienes del prójimo.

También era padre de la Iglesia el que dijo que ver en los templos de los cristianos una imagen de Cristo o de cualquier santo era una horrible abominación.²⁸ Esto no lo dijo solamente un particular, sino que se decidió en un antiguo concilio:²⁹ que no se adore a ninguna pintura ni retrato. Ni mucho menos respetan los linderos cuando no dejan ni el más pequeño rincón de sus iglesias sin cubrirlo con una imagen.

Otro padre de la Iglesia aconsejó que se dejase descansar a los muertos después de haberles dado sepultura.³⁰ Nuestros detractores se saltan las lindes cuando exigen que uno se preocupe constantemente por los difuntos.

También fue un padre de la Iglesia el que dijo que la sustancia y la naturaleza del pan y del vino se mantienen en el sacramento de la cena, igual que en nuestro Señor Jesucristo la naturaleza humana se mantiene unida a su esencia divina.³¹ No tienen en cuenta este límite cuando hacen creer que inmediatamente después de recitar las palabras sacramentales, la sustancia del pan y del vino desaparece. También era uno de los padres el que negó que en el sacramento de la cena del cuerpo de Cristo estuviese encerrado en el pan, y afirmó que solamente era el signo de su cuerpo; esas son sus palabras literales.³² Nuestros detractores traspasan, pues, los linderos cuando dicen que el cuerpo de Cristo está contenido allí y hacen que se le

23. Acacio, obispo de Amida, citado por Casiodoro, *Historia tripartita*, XI, 16.

24. Ambrosio, *Sobre los deberes de los ministros*, II, xxviii.

25. Espiridión, obispo de Trimitonte (Chipre), citado por Casiodoro, *Historia tripartita*, I, 10.

26. *Ibid.*, VIII, 1; probable alusión a Serapión, superior de un monasterio cercano a Arsinoe, en Egipto.

27. Agustín, *Trabajo de los monjes*, XVII.

28. Carta de Epifanio de Salamina a Juan de Jerusalén, traducida por Jerónimo, *Cartas*, LI, 9.

29. Concilio de Elvira (306), canon 3.

30. Ambrosio, *Sobre Abraham*, I, ix, 80.

31. Gelasio I, *Contra Eutiques y Nestorio*, III, 14.

32. Pseudo-Crisóstomo, *Opus imperfectum in Matthaëum*, homilia XI.

adore de manera carnal, como si se encontrase allí *in situ*.³³ También era uno de los padres de la Iglesia el que ordenó que se negara por completo la participación en la cena a las personas que, tomando una de las especies, se abstendían de la otra.³⁴ Otro dice que no hay que privar al pueblo cristiano de la sangre de su Señor, porque él derramó su sangre por ese pueblo.³⁵ Los que se nos oponen han borrado esos límites cuando, ordenando rigurosamente lo mismo que combatían los padres, unos castigan con la excomunión y otros con una dura reprobación a los que contravienen sus órdenes.³⁶

También era uno de los padres de la Iglesia el que afirma que no es legítimo declarar cualquier cosa confusa sobre un tema sin contar con los testimonios claros y evidentes de la Escritura.³⁷ Nuestros detractores se han olvidado claramente de eso al elaborar constituciones, cánones y decisiones doctrinales sin una sola frase de Dios.

Es uno de los padres el que reprochó a Montano³⁸ ser el primero entre otros herejes en imponer el ayuno.³⁹ También han traspasado los límites al ordenar, con instrucciones estrictas, que se ayune.⁴⁰

Y padre de la Iglesia es el que mantuvo que no se debería prohibir el matrimonio a los ministros de la Iglesia, y declaró que la compañía de una esposa legítima era equivalente al estado de castidad;⁴¹ y los que estaban de acuerdo con él eran otros padres.⁴² Nuestros detractores han traspasado los linderos al ordenar el celibato a sus sacerdotes.

El que escribió que hay que escuchar solo a Cristo, de quien el Padre celestial dijo: «a él oíd», no tengáis en cuenta lo que hayan dicho o hecho los demás antes que nosotros, sino seguid solamente lo que haya mandado Cristo, que es el primero de todos,⁴³ el que escribió eso, digo, era uno de los padres más antiguos. Nuestros detractores no se han mantenido en estos linderos ni han permitido que lo hagan los demás, cuando han instituido por encima de ellos y de los demás nuevos señores aparte de Cristo. Y padre de la Iglesia es el que sostuvo que no hay que preferir a la Iglesia por encima de Cristo, porque él siempre juzga con rectitud, pero los jueces eclesiásticos, al ser hombres, pueden equivocarse a menudo.⁴⁴ Está claro que

33. Se trata de la transubstanciación; IV Concilio de Letrán (1215), canon 1.

34. Graciano, *Decreto*, III (*De consecratione*), D.2 c.12 (de Gelasio).

35. Cipriano, *Los renegados*, xxii, xxv; *Cartas*, carta LVII, 2.

36. Concilio de Constanza (1415), sesión 13, Definición de la comunión bajo cada especie; Martín V, bula *In eminentis*.

37. Agustín, *De los méritos y perdón de los pecados y sobre el bautismo de párvulos*, II, xxxvi, 58.

38. El montanismo, movimiento cristiano heterodoxo del siglo II, fundado por el profeta Montano en Figia, región de la actual Turquía, aparece en el momento en que la Iglesia se empieza a organizar. Aquellos cristianos rechazaban el clero y basaban su creencia en la promesa del Paráclito y su acción continua.

39. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, V, xviii, 2.

40. Graciano, *Decreto*, III (*De consecratione*), D.3 c.3 *sqq.*

41. Pafnucio citado por Casiodoro, *Historia tripartita*, II, 14.

42. Graciano, *Decreto*, I, D.28 c.15.

43. Cipriano, *Cartas*, carta LXIII, 14.

44. Agustín, *Réplica al gramático Cresconio, donatista*, II, xxi.

violan el lindero al considerar que la autoridad de la Escritura depende de lo que bien parezca a la Iglesia.⁴⁵

Todos los padres, con la misma intensidad, han considerado una abominación y han coincidido en detestar que se contamine la santa Palabra de Dios con sutiles sofismas y que se convierta en objeto de enfrentamientos y discusiones filosóficos.⁴⁶ Pero, ¿acaso se preocupan de ello cuando no hacen en toda su vida otra cosa que esconder y oscurecer la sencillez de la Escritura en debates infinitos y planteando cuestiones peores que los sofismas? La situación es tal que, si los padres se levantasen y oyesen esas discusiones, que nuestros detractores llaman «teología especulativa», no podrían admitir que fuese algo de Dios.

Pero tendría que hablar demasiado si quisiera presentar la despreocupación con la que rechazan el yugo de los padres, de los que dicen querer ser obedientes discípulos. Tendría que dedicarle meses y años. Sin embargo, tienen el descaro de atreverse a reprocharnos que no respetamos los linderos antiguos.

Valor de la «costumbre» contra la verdad

Remitirnos a la costumbre carece de valor; sería un gran error obligarnos a seguir la costumbre. Si los juicios de los hombres fuesen rectos, se impondría la costumbre de los buenos. Pero a menudo ha sido lo contrario y se ha considerado como costumbre lo que practicaba cierto número de personas, aun cuando la vida de los hombres nunca ha estado tan bien regulada como para que la mayoría apreciase más las cosas más buenas. Así, de los vicios particulares de algunos se ha originado un pecado social, o más bien el reconocimiento común de un vicio que esas «buenas personas» quieren convertir en ley. Los que no están del todo ciegos ven el aluvión de males que así emergen en la tierra y las plagas mortales que han afectado y degradado a la humanidad.

En resumen, todo se arruina hasta el punto de que es necesario desesperar totalmente de la condición humana o poder suprimir esos males, aunque sea con remedios enérgicos. Pero se rechaza el remedio, y ello por la sencilla razón de que, después de tanto tiempo, estamos ya acostumbrados a las calamidades. El error público ocupa su lugar en la sociedad de los hombres,⁴⁷ pero en el reino de Dios solo hay que escuchar y guardar su verdad eterna, frente a la cual no se resiste ninguna prescripción por tener muchos años, ni ninguna costumbre por ser antigua o salida de maquinaciones humanas.⁴⁸ Por eso, en el pasado, Isaías instruyó a los escogidos de Dios: «No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración» (Isaías 8:12); dicho de otro modo, no nos afecta la conspiración del pueblo,

45. Jean Eck, *Enchiridion*, I, A 6 b; Alfonso de Castro, *Adversus omnes haereses*, I, 2, fo 5 D.

46. Tertuliano, *Prescripciones contra todas las herejías*, VII; Agustín, *La doctrina cristiana*, II, xxxi, 48.

47. Latín: *in hominum societate*.

48. Graciano, *Decreto*, I, D.8 c.5.

no sentimos sus miedos ni nos impresionamos como ellos; más bien santificamos al Señor de los ejércitos, que es el único a quien tememos.

Que nos pongan delante nuestros adversarios todos los ejemplos que quieran, tanto del pasado como del presente: si santificamos al Señor de los ejércitos, ¡no nos amedrentarán! Aunque lleve la impiedad mucho tiempo arraigada en la generación, el Señor es poderoso para juzgar hasta la tercera y la cuarta generación. Aunque el mundo entero se ponga de acuerdo para cometer una misma maldad, Dios nos enseñó, de manera específica, cuál es el fin de los que pecan con la multitud, cuando lo destruyó todo con el diluvio, guardando a Noé y a su pequeña familia, para que por la fe de uno solo condenara al mundo (Génesis 7:1; Hebreos 11:7). En resumen, una mala costumbre no es sino una plaga pública, que alcanza a todos los de la multitud, tanto individual como colectivamente. Más aún, hay que tener en cuenta lo que dice Cipriano: los que caen por ignorancia, aunque no carecen totalmente de falta, pueden parecer, en cierta medida, excusables, pero los que rechazan obstinadamente la verdad, cuando ésta se les ofrece por la gracia de Dios, no pueden aspirar a excusa alguna.⁴⁹

¿Dónde estaba la verdadera Iglesia?

Con su otro argumento, nuestros detractores no nos aprietan tan fuerte, cuando quieren hacernos admitir que o la Iglesia estaba moribunda desde hace algún tiempo, o ahora luchamos contra la Iglesia. Desde luego, la Iglesia de Cristo ha vivido y vivirá mientras Cristo reine a la diestra de su Padre: su mano la sostiene, su vigilancia la protege y su poder la fortalece. El Señor cumplirá, es cierto, lo que una vez prometió: estará con los suyos hasta la consumación de los siglos (Mateo 28:20).⁵⁰ Contra esta Iglesia no tenemos ninguna guerra. Porque, junto a toda la compañía de los santos, adoramos y honramos a un Dios y a un Cristo, el Señor, como siempre han hecho sus siervos. Pero nuestros detractores están muy lejos de la verdad, puesto que no reconocen en absoluto a la Iglesia, dado que ella no es visible al ojo, y quieren delimitarla, cuando ella no puede ser encerrada.

Nuestra controversia se refiere a estos puntos. En primer lugar, nuestros detractores exigen siempre una forma de Iglesia visible y con apariencia.⁵¹ Segundo, la sitúan en la sede de la Iglesia romana con toda su jerarquía.⁵² Nosotros, por el contrario, afirmamos que la Iglesia puede existir sin apariencia visible e incluso que su apariencia no depende de la pompa externa que ellos tan locamente admiran. La Iglesia tiene otros distintivos: la pura predicación de la Palabra de Dios y la administración de los sacramentos convenientemente instituida.⁵³ No están contentos si no se puede señalar siempre a la Iglesia con el dedo. ¿Pero cuántas veces no ha ocurrido que la Iglesia ha quedado tan deformada entre el pueblo judío que había

49. Cipriano, *Cartas*, carta LXIII, 17; LXXIII, 13.

50. Cf. IC, IV, 1, 17; *Segunda Confesión Helvética*, XVIII, 1.

51. Jean Eck, *Enchiridion*, 1, B 1 a; Alfonso de Castro, *Adversus omnes haereses*, I, 6, fo 12 A.

52. Jean Eck, *Enchiridion*, 3, B 5 a.

53. Cf. *Confesión de Augsburgo*, VII; *Confesión de La Rochelle*, 35.

perdido toda su apariencia? ¿Qué forma creemos que tenía la Iglesia cuando Elías se quejaba de haber quedado solo él como fiel (1 Reyes 19:10)? ¿Cuántas veces, después de la venida de Cristo, ha estado oculta sin forma? ¿Acaso no ha sido frecuentemente oprimida con guerras, sediciones, herejías, hasta el punto de no poderse ver? Si nuestros detractores hubiesen vivido en aquellos tiempos, ¿habrían creído que había Iglesia? Pero a Elías se le dijo que todavía quedaban siete mil hombres que no habían doblado sus rodillas ante Baal (19:18).

No debemos dudar, en absoluto, de que Jesucristo siempre ha reinado en la tierra después de subir al cielo: pero si, en tales situaciones de desolación, los creyentes hubiesen querido tener una manifestación visible, ¿no habrían perdido el ánimo? De hecho, Hilario consideraba ya en su tiempo que era un gran vicio el hecho de estar cegados con la excesiva consideración que daban a la dignidad de los obispos, sin discernir la podredumbre que a veces ocultaban bajo sus máscaras. Así se expresa: Se lo ruego, guárdense del anticristo. Se han fijado ustedes demasiado en los muros, buscando a la Iglesia de Dios en la belleza de los edificios, pensando que la unidad de los creyentes está allí. ¿Nos queda alguna duda de que el anticristo debe tener allí su trono? Las montañas, los bosques, los lagos, las prisiones, los desiertos y las cuevas me parecen más seguros y me inspiran más confianza. Porque los profetas profetizaron escondidos en tales lugares.⁵⁴

Ahora bien, ¿qué es lo que hoy honra el mundo en estos obispos de mitra puntiaguda⁵⁵ sino la mayor estima que da a los que están en las ciudades más grandes? ¡Lejos de nosotros semejante idea! Permitamos al Señor, puesto que él es el único que conoce quiénes son los suyos (2 Timoteo 2:19), que en ocasiones oculte a los hombres la realidad externa de su Iglesia. Reconozco que en ello hay un terrible juicio de Dios sobre el mundo; pero si la impiedad de los hombres lo merece, ¿por qué esforzarnos en oponernos a la justicia divina? Por eso en otro tiempo el Señor castigó la ingratitud de los hombres. Porque, negándose a obedecer su verdad y habiendo apagado su luz, se quedaron ciegos, maltratados por graves mentiras y enterrados en profundas tinieblas, tanto que no se podía ver ninguna forma de Iglesia verdadera. Sin embargo, Dios guardó a los suyos en medio de esos errores y tinieblas, aunque los creyentes estuviesen esparcidos y no se les viera. Eso no ha de sorprendernos: porque el Señor ya los guardó en la confusión de Babilonia y en la llama del horno ardiente (Daniel 3).

En cuanto al deseo que tienen nuestros detractores de que la Iglesia se vista con no sé qué vana pompa, solo quiero mencionar, sin extenderme, el gran peligro que conlleva. El papa de Roma, dicen ellos, que ostenta la sede apostólica, y los otros obispos representan a la Iglesia y deben ser considerados como la Iglesia: por eso no pueden equivocarse. ¿Por qué? Porque son pastores de la Iglesia consagrados a Dios, responden ellos. Aarón y los otros guías del pueblo de Israel eran también pastores. Aarón y sus hijos fueron elegidos como sacerdotes de Dios: sin embargo, cometieron un pecado al hacer un becerro (Éxodo 32:4). Según ese punto de vista, los cuatrocientos profetas que engañaban a Acab, ¿eran o no representantes de la

54. Hilario, *Contra Auxencio*, XII

55. Las puntas de la mitra del obispo se conocían como *cornua*, «cuernos».

Iglesia? La Iglesia estaba con Micaías, que estaba solo y despreciado, y de cuya boca salía, de todos modos, la verdad (1 Reyes 22:8ss). Los profetas que fueron contra Jeremías, jactándose de que «la ley no faltará al sacerdote, ni el consejo al sabio, ni la palabra al profeta» (Jeremías 18:18), ¿acaso no llevaban el nombre de la Iglesia? Jeremías es enviado contra esa multitud para anunciar, de parte de Dios, que «desfallecerá el corazón del rey y el corazón de los príncipes, y los sacerdotes estarán atónitos, y se maravillarán los profetas» (4:9). ¿No ocurrió lo mismo al reunirse en concilio los sacerdotes, los escribas y los religiosos cuando se pusieron de acuerdo para decidir la muerte de Jesucristo (Mateo 26:4; Juan 12:10)? ¡Jáctense ahora nuestros adversarios, orgullosos de las imágenes que convierten a Cristo y a los profetas en cismáticos y a los ministros de Satanás en instrumentos del Espíritu Santo!

Además, si son sinceros, que me digan de buena fe en qué región o pueblo creen que reside la Iglesia después de que, por decisión definitiva del concilio de Basilea el 25 de junio de 1439, se depuso a Eugenio, el papa de Roma, y se puso en su lugar a Amadeo, duque de Saboya, el 5 de noviembre de 1439?⁵⁶ Ni muertos podrían negar que el concilio, en lo referente a las solemnidades externas, fuese bueno y legítimo, y convocado no por un papa, por dos. En él se condenó a Eugenio como cismático, contumaz y rebelde, con toda la asamblea de los cardenales y obispos que habían apañado, con él, la disolución del concilio. No obstante, ayudado por el favor de los príncipes, se mantuvo en posesión del papado y la elección de Amadeo, solemnemente decidida por la autoridad del concilio sagrado y general, se quedó en nada. Al tal Amadeo lo contentaron con un birrete cardenalicio, como se calla a un perro que ladra con un pedazo de pan. De entre estos herejes rebeldes e insubmisos han salido los papas, los cardenales, los obispos, los abades y los sacerdotes que después ha habido.

Nuestros detractores tienen que estar aquí entre la espada y la pared. ¿A qué lado pondrán el nombre de la Iglesia? ¿Podrán negar que el concilio fue general, y que no le faltó nada en cuanto a majestuosidad externa, puesto que fue convocado solemnemente con una doble bula, dedicada por el legado de la santa sede apostólica, que la presidía, con ceremonias bien organizadas y que se prosiguió con la misma dignidad hasta el final? ¿Van a reconocer a Eugenio como cismático, con toda su banda, por medio de la cual fueron consagrados? Entonces que definan de otra manera la forma de la Iglesia, o si no, conforme a su propia doctrina, los consideraremos cismáticos, porque, de manera consciente y de propia voluntad, han sido ordenados por herejes, y, por si no hubiésemos entendido nunca hasta ahora que la Iglesia no está en absoluto ligada a las pompas externas, ellos nos proporcionan una ilustración indudable cuando, bajo el buen título de «Iglesia», se imponen con orgullo al mundo, aunque hayan sido plagas mortales para la Iglesia. No estoy hablando de sus costumbres y de los actos vergonzosos de que está repleta la vida de ellos; porque se muestran como fariseos: hay que escucharlos, pero no imitarlos (Mateo 23:3).

56. Se trata de Eugenio IV, que fue papa desde 1431 y del duque Amadeo VIII de Saboya, que llegó a ser antipapa con el nombre de Félix V.

Si queréis, Majestad, emplear un poco de vuestro tiempo en la lectura de nuestras enseñanzas, reconoceréis con claridad que la propia doctrina de ellos, por medio de la cual quieren ser reconocidos como Iglesia, es un cruel gehena y una auténtica matanza de las almas, un fuego y una ruina y destrucción de la Iglesia.

Luchas suscitadas por Satanás

Por último, es una injusticia por parte de ellos atribuir a la predicación de nuestra doctrina los motines, problemas y disputas que habría provocado y los efectos que ahora produce de forma general: porque la responsabilidad de esos males se le atribuye a ella de manera injusta, cuando todo proviene de la maldad de Satanás. Es muy típico que la Palabra de Dios nunca se haga oír sin que Satanás se despierte y plante batalla. Eso es clara señal que permite distinguir las doctrinas erróneas, que se ven con facilidad por la positiva acogida que reciben y por el hecho de que agradan a todo el mundo. Por eso, hasta un periodo reciente, cuando todo estaba sumergido en las tinieblas, el señor de este mundo se ha burlado de los hombres como ha querido, como Sardanapal,⁵⁷ se tomaba su descanso y su tiempo con total tranquilidad. En efecto, ¿qué otra cosa tenía que hacer aparte de entretenerse y disfrutar, cuando todo estaba quieto y tranquilo en su reino?

Pero, en cuanto la luz resplandeciente de lo alto empezó a echar fuera algunas tinieblas, después de que «el hombre fuerte» atacara y perturbara su reino, empezó inmediatamente a salir de su pereza y a esgrimir sus armas (Lucas 11:22). Satanás incitó primero a los hombres a utilizar la fuerza para oprimir con violencia la verdad que emergía. Cuando la fuerza no tuvo los efectos deseados, se dedicó a preparar trampas. Y, por medio de los anabaptistas y de otras personas del mismo tipo, produjo muchas sectas y diversidades de opinión con el fin de oscurecer esta verdad y acabar apagándola. Todavía en estas fechas prosigue su acción con los dos métodos. En efecto, se esfuerza mediante la violencia y los brazos del hombre en arrancar la buena semilla; y en la medida en que puede, trata de reemplazarla con su cizaña, para impedir que crezca y dé fruto.

Pero los esfuerzos de Satanás resultarán en vano si entendemos las advertencias del Señor, que desde hace mucho tiempo nos ha mostrado sus astucias para que no nos sorprendan, y que nos ha dado las armas adecuadas contra sus maquinaciones. ¡Qué tremenda perversidad la de imputar a la Palabra de Dios el odio y las luchas que suscitan a su encuentro los enloquecidos y los descerebrados o las sectas creadas por los engañadores! ¡No es la primera vez! A Elías le preguntaron si era él el que turbaba a Israel (1 Reyes 18:17). Cristo fue acusado de sublevar al pueblo judío (Lucas 23:5). Los apóstoles fueron acusados como si hubiesen provocado disturbios en el pueblo (Hechos 24:5). ¿Qué otra cosa hacen, si no, los que hoy nos imputan las agitaciones, tumultos y disturbios que se alzan contra nosotros? Elías

57. Asurbanipal, rey de Asiria (668-626 a.C.). Los griegos lo conocían con el nombre de Sardanapal y lo consideraban un símbolo de lujuria, lo cual explica el sentido del término francés «sardanapalesque», sensual. En la Biblia se llama Asnapar (Esdras 4:10).

nos enseñó la respuesta: no somos nosotros los que sembramos los errores o provocamos los problemas, sino ellos, que quieren resistir al poder de Dios (1 Reyes 18:18). Esta única razón basta para que mengüe su confianza, pero es necesario cuidar de la debilidad de algunos que, con demasiada frecuencia, se ven turbados por tales escándalos y llegan a dudar.⁵⁸

Estas personas, para no recibir daño ni perder ánimo, deben recordar que las mismas cosas que ahora vemos les sucedieron a los apóstoles en su tiempo. Había entonces ignorantes e inconstantes que, como escribe Pedro, torcían, para su propia perdición, lo que por inspiración divina había escrito Pablo (2 Pedro 3:16). Había personas que menospreciaban a Dios y que, al oír que el pecado abundó para que sobreabundara la gracia, llegaban de inmediato a la conclusión: Entonces seguiremos pecando, para que la gracia abunde. Al oír que los creyentes no estaban ya bajo la Ley, decían: Pequemos, porque ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia (Romanos 6:1-15). Algunos decían que Pablo era un instigador de la mala conducta. Se introdujeron falsos profetas en las iglesias para destruir lo que él había edificado (2 Corintios 11:13); algunos predicaban el Evangelio «por contienda o por vanagloria», no con sinceridad (Filipenses 1:15) e incluso con malicia, pensando que eso añadiría más daño a su encarcelamiento. En algunos lugares, el Evangelio no progresaba apenas: cada uno buscaba su propio provecho sin preocuparse de servir a Jesucristo; otros se rebelaban volviéndose como el perro a su vómito o como los cerdos a su lodo (2 Pedro 2:18-22). Muchos transformaron la libertad de espíritu en permisividad sexual. Se han presentado muchos falsos hermanos en la Iglesia, poniendo en grave peligro a los creyentes. Incluso entre los hermanos había discusiones. ¿Qué tenían que hacer los apóstoles? ¿Les convenía ocultarse durante un tiempo, o abandonar completamente y rechazar ese Evangelio que veían que era la fuente de tantas disputas, la causa de tantos peligros, la ocasión para tantos escándalos? Sumergidos en sus angustias, recordaron que Cristo es la piedra de tropiezo y escándalo, «para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha» (Lucas 2:34). Armados con esta fe, avanzaron con ánimo e hicieron frente a los juicios por tumultos y escándalos.

Nosotros debemos animarnos en un mismo pensamiento, porque Pablo da testimonio de que el Evangelio será siempre «olor de muerte para muerte» para los que perecen (2 Corintios 2:16), aunque en realidad esté más bien destinado a ser «olor de vida para vida» para los que son salvos, y «poder de Dios para salvación» de los creyentes (Romanos 1:16). Nosotros también lo experimentaríamos si no le pusieramos obstáculos a una bondad tan grande y no la apartásemos de nosotros con nuestra ingratitud, si no utilizásemos para nuestra ruina lo que tenía que sernos un medio supremo de salvación.

58. Cf. Felipe Melancthon, *Loci communes rerum theologicarum seu hypotyposes theologicae* (1521), último capítulo. En 1546 apareció en Ginebra una traducción francesa de la edición de 1545, con un prefacio de Calvino (CO, IX, col. 847-850), bajo el título: *La Somme de théologie, ou lieux communs, reveuz et augmentez pour la dernière fois*. En 1551 se publicó una segunda edición, siempre en Ginebra, con el título: *La somme de théologie ou lieux communs reveuz et augmentés de nouveau*.

Conclusión de la defensa

Vuelvo a Vuestra Majestad. No os dejéis impresionar por esas falsas acusaciones por las cuales nuestros adversarios se esfuerzan en provocaros temor y aprensión: a saber, que este «nuevo Evangelio», como ellos lo llaman, no tendría otro objetivo que el de promover sediciones y hacer el mal con toda impunidad. Dios no es, en efecto, un Dios de división, sino de paz; y el Hijo de Dios no es ministro de pecado, pues él vino para deshacer y destruir las obras del diablo.

En cuanto a nosotros, se nos acusa injustamente de hacer tales cosas, sin haber levantado jamás la más mínima sospecha. ¿Se puede creer que nosotros, de quienes nunca ha salido la menor expresión sediciosa, que tenemos reputación de llevar siempre una vida sencilla y pacífica, cuando vivíamos bajo vuestro reino, Majestad, tuviésemos la intención de trastornar los reinos? Además, ahora, expulsados de nuestras casas, no cesamos de rogar a Dios por vuestra prosperidad y por la de vuestro reino. ¿Cómo creer que lo que buscábamos era licencia para hacer lo malo sin ser reprendidos, si se tiene en cuenta nuestra conducta? Si bien nuestras costumbres son criticables en muchas cosas, no son en absoluto merecedoras de tan gran reproche. Además, gracias a Dios, el Evangelio no nos ha aprovechado tan poco como para que nuestra vida no pueda servir, para nuestros detractores, como ejemplo de castidad, de generosidad, de misericordia, de templanza, de paciencia, de modestia y de otras virtudes. Está claro, es verdad, que tememos y honramos a Dios con pureza, porque por medio de nuestra vida y de nuestra muerte deseamos que su nombre sea santificado. Hasta la boca de los envidiosos se ha visto obligada a dar testimonio de nuestra inocencia y de nuestra justicia externa, conforme al juicio de los hombres, a propósito de muchos de nosotros que han sido condenados a muerte por esa única razón que en realidad merecía un elogio especial. Ahora bien, si algunos, bajo el manto del Evangelio, provocan tumultos,⁵⁹ lo cual no se ha visto hasta hoy en vuestro reino, o quieren disimular su permisividad sexual bajo la libertad que se nos da por la gracia de Dios —de lo cual conozco bastantes casos—, leyes hay, y castigos, establecidos para corregirlos severamente conforme a sus delitos. Pero que el Evangelio de Dios no sea calumniado ni sirva de excusa para las malas acciones de los perversos.

Vuestra Majestad también conoce la venenosa iniquidad de los que nos calumnian, expuesta con suficientes palabras, para que no inclinéis demasiado el oído a sus acusaciones, como si fuesen dignas de crédito. Temo incluso haberme extendido demasiado: este prefacio tiene casi la misma extensión de una defensa completa, aunque yo no he tenido la intención de redactar una, sino tan solo de tocar vuestro corazón para que acoja nuestra causa. Aunque en este momento estéis en contra de nosotros, en incluso enojado e irritado contra nosotros, espero, sin embargo, que podamos volver a ganarnos vuestra gracia, si deseáis, cuando hayan cesado vuestra indignación y vuestra ira, leer nuestra confesión, que presenta nuestra defensa ante Vuestra Majestad.

59. Alusión a los anabaptistas y a los incidentes de Münster de 1534-1535.

Pero si, por el contrario, las acusaciones de los que nos quieren mal cierran tanto vuestro oído que los acusados no tienen ningún medio para defenderse, si, por otra parte, sin vuestra intervención para poner orden, estos opresores ejercen siempre su crueldad con encarcelamientos, azotes, torturas, suplicio y fuego: nosotros, desde luego, como corderos destinados al matadero, estaremos con la espalda contra la pared. No obstante, demostraremos paciencia y esperaremos el brazo fuerte del Señor, que se manifestará en su tiempo y que se presentará armado, tanto para librar a los pobres de su aflicción como para castigar a los que le desprecian y, de momento, viven a lo grande.

Que el Señor, Rey de reyes, quiera afirmar vuestro trono en justicia y vuestro reino en equidad.

Basilea, primero de agosto de mil quinientos treinta y cinco.⁶⁰

60. Acerca de este error en la fecha, que debería ser el 23 de agosto de 1535, véase Benoît, I, p. 49, n. 2; McNeill/Battles, I, p. 31, n. 51.

LIBRO PRIMERO

El conocimiento de Dios como creador
y como gobernante soberano del mundo

CAPÍTULO PRIMERO

Conocer a Dios y conocernos a nosotros son cosas relacionadas

1-2. Conocer a Dios y conocerse uno mismo, dos procesos complementarios
3. El hombre ante la majestad de Dios

1. Sin conocernos a nosotros mismos, no conocemos a Dios.

Casi toda la sabiduría que poseemos, la que es, en definitiva, real y verdadera, presenta un doble aspecto: el conocimiento de Dios y el de nosotros mismos.¹ Al tratarse de dos conocimientos relacionados, es difícil discernir cuál precede a cuál. Antes que nada, nadie puede contemplarse sin que todo su ser se dirija inmediatamente hacia Dios, de quien ha recibido «vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17:28) y de quien le viene su vigor, porque está claro que los dones que conforman nuestra personalidad no proceden de nosotros; en efecto, nuestra propia vida no puede subsistir sino únicamente en Dios.² Además, los beneficios que gotean del cielo para nosotros son como arroyuelos que nos conducen hasta la fuente y, gracias a esa pequeña corriente, la plenitud que habita en Dios se presenta aún mejor. Así es como, de una forma particular, la ruina en la que nos hizo caer la rebelión del primer hombre nos empuja a dirigir los ojos a lo alto, no solo para desear los bienes de que nosotros, seres paupérrimos y famélicos, tenemos menester, sino también para ser llenos de respeto y así aprender la verdadera humildad.

Tras haber sido despojados de nuestras vestiduras celestiales, una incalculable cantidad de desdichas doblégan al hombre y descubrimos nuestra desnudez con gran vergüenza y mucha confusión. Sin embargo, necesitamos ser tocados con fuerza en nuestra conciencia para adquirir algo de conocimiento de Dios. Así, el sentimiento de nuestra ignorancia, de nuestra vanidad, de nuestra desnudez, de nuestra enfermedad, y con seguridad de nuestra perversidad y de nuestra corrupción, nos conduce a admitir que en ninguna parte sino en Dios se encuentran la verdadera sabiduría, una fuerza inmovible, la fuente de todo bien, una justicia

1. Cf. Clemente de Alejandría, *El pedagogo*, III, 1; Agustín, *Los soliloquios*, I, II, 7; II, I, 1; Tomás de Aquino, *Suma teológica*, I, q. 1, a. 3.

2. Cf. *Catecismo de Ginebra* (1545), preguntas 1-6.

verdadera. Porque nuestra miseria no nos impulsa a considerar los bienes que proceden de Dios y nuestro pensamiento no nos lleva a aspirar a su búsqueda a menos que hayamos descubierto ese profundo desagrado de nosotros mismos. ¿Qué hombre no encuentra placer en apoyarse en sí mismo mientras no se conoce de verdad, es decir, no se gloria en los dones que ha recibido de Dios y en adornarse con ostentación mientras ignora, o voluntariamente olvida, su miseria? El conocimiento de uno mismo, no solo nos incita a buscar a Dios, sino que debe conducir a cada cual, como si lo llevara de la mano, a encontrarle.

2. Sin conocer a Dios no nos conocemos a nosotros mismos

Es verdad que nadie llega jamás a adquirir un claro conocimiento de sí mismo si no ha contemplado el rostro de Dios y no se ha percatado de cómo Dios lo ve. El orgullo, que está arraigado en nosotros, nos conduce a considerarnos justos y honestos, sabios y santos, hasta que hayamos sido convencidos por los irrefutables argumentos de nuestra injusticia, de nuestras faltas, de nuestra necedad y de nuestra impureza. Esta convicción no se da mientras nos contemplamos únicamente a nosotros mismos y no a Dios, de quien brota la única regla con la que debemos medirnos, y la que debe regirlo todo. Es tal nuestra inclinación a la hipocresía que la más pequeña manifestación de justicia bastará para reemplazar a la verdadera justicia y a la verdad. Dado que a nuestro alrededor no hay nada que no haya sido en mayor o menor medida desfigurado por el mal, y puesto que nuestro espíritu está impregnado del mismo, aquello que es menos desagradable que lo demás nos gusta como si fuera algo puro: el ojo acostumbrado a lo negro acaba considerando que lo castaño oscuro o lo poco luminoso goza de una magnífica blancura. En un sentido material, se puede medir cuánto nos equivocamos al otorgarle valor a las capacidades de nuestro espíritu. En efecto, si consideramos todas las cosas con lucidez, nos parece que tenemos la más clara visión imaginable; pero, si elevamos los ojos para mirar al sol, nuestra gran lucidez respecto de las cosas de la tierra se ve inmediatamente deslumbrada y destruida por completo a causa de tal claridad. Y no tenemos más remedio que admitir que las capacidades que ejercemos para considerar y apreciar lo de la tierra son del todo inservibles frente al sol.

Es así también cuando evaluamos nuestros bienes espirituales. Incluso si no nos preocupamos del más allá, satisfechos de nuestra justicia, de nuestra sabiduría y de nuestra fuerza, nos apreciamos y nos adulamos hasta el punto de considerarnos semidioses. Pero, si empezamos a elevar nuestros pensamientos hacia Dios, debidamente conscientes de quién es él, y a considerar la perfección de su justicia, de su sabiduría y de su poder, que deberían ser nuestro modelo, entonces todo lo que hasta ese momento nos parecía, erróneamente, justo se nos presenta con los repugnantes colores de la suciedad. Lo que considerábamos sabiduría se nos presentará como necedad y lo que poseía una buena apariencia de fuerza se delatará como nada más que debilidad. Es así como lo que parece ser de una perfección perenne en nosotros no puede de ninguna manera concordar con la santidad de Dios.

3. El hombre ante Dios

Esa es, según las Escrituras, la causa del temor y el temblor que han abrumado a los santos cada vez que han sentido la presencia de Dios. Podemos ver cómo quienes se veían llenos de seguridad y marchaban con la cabeza alta al estar lejos de Dios, dan por el contrario muestras de pánico y terror hasta el punto de quedar angustiados, totalmente paralizados, por el terror a la muerte, como anonadados, al manifestar Dios su gloria a ellos. Eso nos permite llegar a la conclusión de que los hombres nunca experimentan el sentimiento de su pobreza con tanta intensidad como cuando se ven comparados con la majestad de Dios. Hay muchos ejemplos de este sentimiento tanto en los jueces que recibieron de Dios el encargo de gobernar Israel como de los profetas, de donde procede la frase habitual entre el antiguo pueblo: «Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto» (Jueces 13:22; Isaías 6:5; Ezequiel 1:28). Asimismo, para permitir a los hombres ver la realidad de su ignorancia, su debilidad y su impureza, la historia de Job encuentra siempre su principal instrumento en la sabiduría, el poder y la santidad de Dios, y no sin motivo. Vemos cómo, cuando Abraham se acerca para contemplar la majestad de Dios, se reconoce como polvo y ceniza (Génesis 18:27), Elías se cubre el rostro (1 Reyes 19:13): no pueden soportar tan suprema majestad. ¿Qué puede hacer el hombre, que no es más que «gusano y podredumbre», si los querubines y los ángeles del cielo se cubren el rostro de miedo y asombro (Isaías 6:2)? Como dice el profeta Isaías, la luna se avergonzará y el sol se confundirá cuando el Señor de los Ejércitos reine (24:23; 2:10, 19), es decir, cuando revele su caridad y la permita ver de más cerca, de tal manera que lo que antes parecía de lo más luminoso se vea oscurecido. Aunque no existe una relación recíproca entre conocer a Dios y conocerse uno mismo, es importante, de cara a una correcta comprensión, examinar en primer lugar en qué consiste conocer a Dios, para proceder acto seguido al segundo punto.

CAPÍTULO II

Conocer a Dios: en qué consiste y cuál es su razón de ser

1. Conocer a Dios exige una búsqueda

2. Conocer a Dios requiere confianza y respeto previos

1. Conocer a Dios y la verdadera «piedad»

Es evidente que no conocemos a Dios con meramente reconocer que no hay duda de su existencia. Le conocemos, en la medida de lo posible, a partir de comprender lo que sirve para su gloria, es decir, lo que es apropiado. Efectivamente, es verdad que no se puede decir que se conoce a Dios si no hay ni sentimiento religioso ni piedad. Aquí no estoy todavía hablando del conocimiento particular de los que, conscientes de estar perdidos y bajo maldición, son conducidos a Dios y le reconocen como su redentor en Jesucristo. Sólo hablo de ese conocimiento simple y natural que poseeríamos si Adán hubiese mantenido su integridad. Nadie en esa situación de ruina y desolación propia del género humano es capaz de percibir a Dios como su Padre o salvador si no es por el sacrificio propiciatorio de Cristo por nosotros. Es posible reconocer a Dios como creador, no solo porque su poder nos sostiene, sino porque él nos dirige en su providencia, nos protege y nos da a beber de su bondad, colmándonos de toda clase de bendiciones. Pero recibir y acoger la gracia de la reconciliación que Dios nos ofrece en Cristo es otra cosa.

Se conoce a Dios de dos maneras: primero como creador, gracias a esta bella obra cumbre que es el mundo y a la enseñanza general que las Escrituras aportan al respecto; solo después aparece como redentor en la persona de Jesucristo. De momento, nos ocuparemos de la primera manera; a su tiempo trataremos la segunda.

Es cierto que nuestro espíritu apenas puede comprender a Dios a partir de lo que recibe de él; por tanto, no basta con saber de manera confusa que existe un Dios digno de ser adorado, solo él, si no estamos igualmente convencidos de que este Dios al que adoramos es también la fuente de todo lo que tenemos y que no hay nada que buscar fuera de él. Esta es mi tesis:¹ primero, Dios, después de haber crea-

1. «primero», aquí, concierne al resto del Libro I de la *Institución*, «En segundo lugar» los libros II a IV. Véase McNeill/Battles, I, p. 41, n. 4.

do el mundo, lo sostiene con poder, lo gobierna con sabiduría, lo guarda y preserva en su bondad, se preocupa sobre todo de guiar al género humano en toda justicia e integridad, lo soporta en su misericordia y lo mantiene bajo su protección. En segundo lugar, nos lleva a creer que fuera de él no hay ni una gota de sabiduría, de luz o de justicia, de rectitud o de verdad. En efecto, como todo proviene de Dios, debemos aprender a esperar todo de él y a atribuírselo todo a él, así como, convencidos de que así le agrada, debemos recibir todas las cosas con acción de gracias. Este reconocimiento de las incomparables cualidades de Dios es el único maestro capaz de enseñarnos la piedad de la que procede la religión.

Llamo «piedad» a ese sentimiento que resulta de la unión del respeto y del amor que nos lleva hacia Dios, cuyas bondades conocemos. Puesto que es cierto que, hasta que los seres humanos no se persuadan de que están totalmente en deuda con Dios, de que reciben sus paternos cuidados, de que él es el autor de todo bien y de que nada hay que buscar fuera de él, no manifestarán verdadera devoción. Además, si no hallan en él su felicidad, no se consagrarán de modo verdadero y sincero a él.

2. No basta con saber que hay un Dios; hay que saber quién es y qué ha hecho por nosotros

Quienes procuran responder a la cuestión de saber lo que Dios es se entregan a vanas especulaciones. Es mucho mejor saber quién es él y qué caracteriza su naturaleza. ¿Qué interés tiene considerar, como los epicúreos, que Dios existe, pero que, al haberse desentendido del gobierno del mundo, prefiere estar ocioso?² Asimismo, ¿de qué nos serviría conocer a un Dios con el que no tuviéramos nada que hacer? Nuestro conocimiento de Dios debe, en primer lugar, enseñarnos a temerle y reverenciarle, para seguidamente enseñarnos a urgirnos a esperar de él todo lo bueno y a agradecerse. ¿Cómo podría Dios estar presente en nuestro pensamiento, si, como criaturas suyas que somos, no percibimos de manera natural al mismo tiempo que estamos sometidos a él, que le debemos la vida y que todo lo que emprendemos y hacemos le tiene que concernir? Dado que es así, parece igualmente cierto que nuestra vida está por desgracia manchada de corrupción a menos que la consagremos a su servicio, porque lo razonable es que su voluntad sea nuestra única ley. Es imposible percibir con claridad quién es Dios si no sabemos que él es el origen y fuente de todo bien. Si supieran esto, los hombres se sentirían movidos a volverse hacia él y a confiar en él, a menos que su propia maldad les desvíe de lo que es bueno y recto. Ante todo, el alma que tiene buena disposición no se forja un Dios a su imagen, sino que se vuelve hacia el Dios único y verdadero. Seguidamente, esa alma no imagina a Dios como bien le parezca; se regocija de conocerle tal como él se manifiesta y se preocupa de no apartarse lo más mínimo, con loca osadía y temeridad, de lo que él ha declarado, para ir a la deriva. La persona que conoce así a Dios y sabe que él lo gobierna todo, se confía por entero a su protección y se coloca bajo

2. Cicerón, *De la naturaleza de los dioses*, I, II, XVII, XLIII.

su cuidado. Como sabe que es el autor de todos sus bienes, en cuanto se siente afligida o menesterosa recurre a él en espera de su auxilio. Dado que está segura de que él es bueno y misericordioso, descansa en él con toda confianza; no tiene duda de que en sus adversidades encontrará socorro en la bondad y clemencia de él. Puesto que sabe que es Señor y Padre, considera justo reconocer su superioridad, así que honra su majestad, le glorifica y obedece sus mandamientos. Como esa alma reconoce que es un juez justo que castiga con rigor irreprochable las maldades y pecados, no pierde de vista el tribunal³ de Dios y se siente sobrecogida por el temor a ofenderle. Sin embargo, no siente un terror ante su juicio que la haga esconderse de él, ni aunque fuera posible. Esa alma más bien lo acepta y le reconoce como juez de los malvados y como benefactor de los creyentes, porque es justo y necesario que Dios pague a los malvados lo que merecen y conceda a los justos la vida eterna. Más aún, esta persona no solo evita hacer el mal por miedo al castigo, sino que honra a Dios con humildad como señor y superior porque le ama y reverencia como a un padre; aunque no tiene miedo al infierno, siente horror ante la idea de ofenderle.

Esta es la verdadera y pura religión: una fe unida a un vivo temor de Dios, temor lleno de reverencia espontánea, acompañado de un servicio voluntario y conforme a la Ley de Dios. Vemos que aunque muchos rinden honor a Dios, pocos le reverencian, porque aunque todos parecen hacerlo, muy pocos ponen el corazón en ello.

3. Cicerón, *De la naturaleza de los dioses*, I, II; Séneca, *De los beneficios*, IV, III.

CAPÍTULO III

El conocimiento de Dios está arraigado de manera natural en el espíritu de los hombres

1-2. El ser humano es religioso por naturaleza

3. Pero no quiere saber de Dios

1. La religión es un hecho universal

Es cierto que los hombres tienen en su interior, por instinto natural, un sentido de la divinidad.¹ En efecto, para que nadie pueda escudarse en su ignorancia, Dios ha puesto en cada hombre un cierto conocimiento sobre él; él mantiene ese recuerdo como un goteo que hace que, al saber todos que hay un Dios que nos ha creado, nos condenemos nosotros mismos al no haberle honrado y no haber consagrado nuestra vida a obedecerle. Si la ignorancia acerca de la esencia de Dios se encuentra en algún lugar, el mejor ejemplo sería sin duda entre los pueblos incultos que casi no poseen ni noción de la humanidad. Como dice el filósofo pagano Cicerón²: no hay nación que sea tan bárbara ni pueblo tan brutal y salvaje que no esté convencido de la existencia de algún Dios.³ Incluso los que no parecen demasiado diferentes de las bestias salvajes poseen también alguna idea de religión. Eso también nos muestra lo profunda que está instalada esta idea en el corazón de los hombres, como enraizada en ellos. Dado que, desde el principio del mundo, ningún país, ninguna ciudad ni estirpe ha prescindido de religión, vemos que todo el género humano ha reconocido tener alguna noción de la divinidad grabada en el corazón.

En cierta forma, la idolatría también da testimonio de ello. Sabemos que comporta gran perjuicio a los hombres postrarse ante los animales. Por esa razón, cuando prefieren adorar a un pedazo de madera o a una piedra antes que ser conocidos por no tener Dios, se capta la fuerza de ese sentimiento, que no puede borrarse, puesto que prefiere quebrantar un afecto natural antes que quedarse sin religión.

1. *Com.*, Juan 1:5, 9.

2. Marco Tulio Cicerón (106-43 A.C.), hombre de estado romano y autor de muchas obras sobre derecho, religión y vida social. Calvino se refiere a Cicerón en numerosas ocasiones en los primeros capítulos de la *Institución*.

3. Cicerón, *De la naturaleza de los dioses*, I, XVI, XVII; *Disputaciones tusculanas*, II, X.

De esta manera, todo orgullo natural queda vencido en cuanto los hombres, olvidando su natural altivez, se humillan profundamente para honrar a Dios.

2. La religión no es un instrumento de opresión del pueblo

Hay quien asegura, con error, que la religión sería el fruto de la astucia y de la picardía de algunas personas sutiles con el fin de reprimir al pueblo llano. Llegan a afirmar que las personas que recomiendan servir a Dios no creen en la existencia de él. No hay duda de que existen los que, mediante engaño y manipulación, han fomentado la exagerada devoción de los más humildes, movidos por estratagemas deshonestas, para amedrentarlos y mantenerlos más dóciles. Pero jamás habrían conseguido su propósito si sus oyentes no tuviesen ya en su corazón la disposición, e incluso la convicción, de que necesitaban adorar a Dios, donde se ve su inclinación a favor de la religión.⁴ Incluso es probable que los que quisieron abusar de los ignorantes no carecieran totalmente de conocimiento de Dios. Además, aunque ahora como antes hay quienes niegan la existencia de un Dios, no quedan menos, sea cual sea su pensamiento, que sienten con fuerza aquello que desean ignorar.

No hay en la historia nadie que haya dado muestras de tanto desenfreno y violencia como el emperador romano Calígula⁵, el cual, sin embargo, superó a todos en pavor y en angustia en cuanto se manifestaron algunas señales de la cólera de Dios. Incluso si, de manera deliberada y en su despecho, se esforzó en despreciar a Dios, era necesario que lo aborreciera.⁶ Así es también con los que se le parecen; el más osado entre ellos para burlarse de Dios es también el primero en temblar al ver caer una hoja de un árbol. ¿De dónde procede eso? Si no es sino la majestad de Dios, provocando el espanto en la conciencia de esas personas, para darles su merecido tanto más en cuanto que creen que pueden huir de ella. Se buscan toda clase de subterfugios para intentar librarse de la presencia de Dios y de vaciar ante él el corazón. Pero, hagan lo que hagan, no lo consiguen. Incluso si durante un momento parecen conseguirlo, no dura, porque la majestad de Dios, que es siempre evidente, les provoca nuevas alarmas. La tranquilidad que a veces experimentan es como el sueño de los borrachos o de los que deliran con un sueño lleno de pesadillas terribles que no proporciona descanso alguno. Aquí tenemos unos ejemplos. Dios se da a conocer a los hombres de una forma tan fuerte que es imposible de eliminar.

3. Es imposible no creer en algo

Así pues, para quienes tienen la visión clara es evidente que hay un sentimiento de la divinidad grabado tan profundamente en el espíritu humano que es imposible de borrar. La convicción de que hay un Dios está presente de manera natural en todos los hombres como el tuétano en los huesos; el orgullo y la rebelión de algunos

4. Calvino, *Traité des scandales* (CO, VIII, col. 44 ss.) donde cita a algunos coetáneos suyos.

5. Cayo César Augusto Germánico, apodado Calígula, fue emperador del 37 al 41 d.c.

6. Suetonio, *Vida de los doce Césares*, Calígula, LI.

lo demuestra, porque al luchar con fuerza para deshacerse de ese sentimiento no consiguen su propósito.

Un tal Diágoras y otros de la Antigüedad quisieron divertirse burlándose de todas las religiones del mundo. Dionisio, un tirano de Sicilia, actuó de igual manera saqueando los templos, al creer que ningún Dios lo veía⁷. Pero esos juegos no son al final tales, porque hay una especie de gusano que les roe las conciencias con más dolor que ningún cauterizador. No estoy de acuerdo con Cicerón en que todos los errores se desvanecen con el tiempo y en que la religión florece y se afirma día a día. Al contrario, pronto veremos que el mundo, si puede, se esfuerza por deshacerse de todo conocimiento de Dios y por estorbar los servicios de dicho conocimiento como sea. Más bien afirmo que la dureza y la necedad que empujan a los malvados y que ellos atesoran en sus corazones para despreciar a Dios se estancan y se corrompen, pero que el sentimiento que poseen de la majestad de Dios, el cual se esfuerzan en eliminar, los reprende en todo momento.⁸ Mi conclusión es que la existencia de Dios no es una doctrina que se empiece a aprender solamente en la escuela, sino que cada uno debe conocerla desde el vientre materno, porque la propia naturaleza no consiente que se olvide, a pesar de los importantes esfuerzos de muchos.

Si todos los hombres nacen y viven para conocer a Dios y si este conocimiento es como he explicado, y no falso y efímero, es evidente que todos los que no ponen en marcha su pensamiento ni se mueven en ese sentido se extravían y se alejan del propósito para el que fueron creados. Hasta los filósofos paganos lo sabían. Por eso Platón decía que el bien supremo del alma era asemejarse a Dios, después de haberlo conocido y haber sido transformada por él.⁹ Un personaje de Plutarco argumenta muy bien al afirmar que, si se quita la religión de la vida de los hombres, no solo no se distinguirán de las fieras salvajes, sino que serán mucho más desgraciados que ellas porque, al estar sujetos a muchas miserias, llevarán, con pena y angustia, una vida llena de desazón e inquietud. Su conclusión es que solo la religión puede hacernos superiores a los animales, porque nos permite tender a la inmortalidad.

7. Cicerón, *De la naturaleza de los dioses*, I, 1, xxiii; III, xxxiv.

8. *Ibid.*, II, 11.

9. Platón, *Fedón*, 107 c; *Teeteto*, 176 b.

CAPÍTULO IV

Este conocimiento de Dios se ve mitigado o corrompido en parte por la ignorancia y en parte por la maldad de los hombres

1-2. Entre la superstición y la negación de Dios

3. Dios formado a imagen del hombre

4. Una religión impuesta es una sombra de religión

1. La superstición

La experiencia enseña, por una parte, que Dios ha implantado de manera invisible una semilla de religión en todos los hombres y, por otra parte, que a duras penas llegan al uno por ciento los hombres que la cuidan para que germine. No se puede encontrar ni a uno solo que la haga madurar y que la haga fructificar en la estación deseada. En efecto, unos se entregan a necias supersticiones, otros se apartan de Dios en una rebelión voluntaria; pero todos se alejan del verdadero conocimiento de Dios y en el mundo no perdura ninguna espiritualidad bien fundada.

Afirmar que algunos, por error, se dejan llevar y seducir por supersticiones no significa que su ignorancia les exima de culpa, porque su ceguera se desarrolla casi siempre a partir de su egoísta arrogancia y de su obstinación. Su vanidad, unida a su orgullo, es tan clara que nadie alza los ojos más allá de sí mismo, como debería, para buscar a Dios. Todos quieren evaluar a Dios según la capacidad de su comprensión humana, que está totalmente desprovista de sensibilidad. Además, no se preocupan de informarse como es debido para adquirir nociones seguras y dan rienda suelta a su curiosidad con vanas especulaciones. Tampoco comprenden en lo más mínimo que es Dios quien se revela, sino que se lo imaginan conforme, en su arrogancia, lo han forjado ellos a él. Al haberse así cavado tal abismo, en cuanto den un paso no harán sino caer dentro y, hagan lo que hagan después para honrar y servir a Dios, no será tenido en cuenta, porque no es a Dios a quien honran, sino a sus ensoñaciones e imaginaciones. Pablo los acusa explícitamente de esta perversión cuando dice que los hombres que se jactan de ser sabios se vuelven necios (Romanos 1:22). El apóstol había explicado un poco antes que se habían extraviado en sus vanos razonamientos y que, para desbaratar cualquier excusa, añade que han

sido cegados con toda justicia, porque, carentes de templanza y modestia, se apropiaron de más de lo que les era permitido. Es así como, a sabiendas y siguiendo su agrado, fueron entenebrecidos y llegaron a perder la cordura a causa de su perversidad y de su arrogancia. Por eso no tienen excusa para su insensatez, porque ésta procede no solo de una vana curiosidad, sino de un desmesurado apetito unido a la falsa confianza que los envanece.

2. De donde procede que nieguen a Dios

David afirma que los malvados y los insensatos dicen en su corazón que no hay Dios (Salmo 14:1; 53:1). Eso se aplica en primer lugar a los que, habiendo mitigado lo que por naturaleza es claro, se embrutecen de manera voluntaria, como veremos más adelante. De hecho, muchos, después de haberse endurecido en sus pecados, ya sea por contumacia o por costumbre, rechazan con pasión todo lo que les recuerde a Dios o que se lo traiga a la memoria de manera natural o les toque la conciencia. Para que su hostilidad sea en extremo intolerable, David dice con precisión que niegan la existencia de Dios, no privándolo de su esencia, sino dejándolo encerrado y quieto, en el cielo, al haberlo desprovisto de su juicio y de su providencia. No hay nada tan difícil de imaginar como que Dios se desinterese del buen orden del mundo y lo deje todo a la ventura, cerrando los ojos hasta el punto de dejar impunes los pecados y de permitir a los malos que se salten los límites. De este modo, todos los que se excusan y se vanaglorian, convencidos de que no tendrán que dar cuentas, duermen en una falsa quietud que niega de hecho que haya un Dios.¹

Por tanto, es una justa «recompensa» que los malvados sean así envanecidos y que, con los ojos cerrados, no vean nada al mirar. David lo expresa con acierto en el pasaje donde afirma que el temor de Dios no preocupa a los malvados (Salmo 32:2; 10:11) y que estos aplauden sus pecados, persuadidos de que Dios no se ocupa de ello. Aunque se vean forzados a conocer a algún Dios, anulan su gloria al quitarle todo su poder. Como Dios no puede negarse a sí mismo (1 Timoteo 2:13) y siempre permanece fiel a sí mismo, como dice Pablo, «esos canallas» que se han forjado un ídolo muerto y sin poder son acusados con justicia de negar a Dios. Hay que subrayar, además, que esas personas combaten contra sus propios sentidos y desean expulsar a Dios no solo de su corazón, sino del cielo; pero su insensibilidad no evita que, a veces, Dios los lleve a la fuerza ante su tribunal. De todos modos, como no hay temor que les refrene de veras ni les impida alzarse con ciega violencia y agresividad contra Dios, está claro que han olvidado a Dios y que en ellos reina esta obsesión.

1. Cicerón, *De la naturaleza de los dioses*, I, xx, xxx, xliv.

3. Dios no es como lo forjamos según nuestras ideas

De esta forma desaparece la aparente defensa que muchos utilizan para justificar sus supersticiones. Les parece que cualquier sentimiento, aun irrazonable, basta cuando se quiere servir a Dios. No han visto que la verdadera religión exige que uno se amolde en todo a la voluntad de Dios, que es la regla inmutable, puesto que Dios es siempre fiel a sí mismo y de ningún modo es un fantasma que se transforma al gusto de las aspiraciones de cada cual. De hecho, se aprecia muy bien cómo la superstición juega a burlarse de Dios al pretender serle agradable. Al conceder valor a las cosas que Dios no valora, rechaza abiertamente o desprecia lo que él considera valioso. Todos los que se sirven de Dios según sus conveniencias adoran a sus propias fantasías, porque, si no lo hubieran concebido a imagen de ellos y no lo vieran capaz de aprobar sus invenciones, no se atreverían a traer ante él sus ridiculeces.² Por eso declara Pablo que ese vago y falso concepto de Dios solo es ignorancia de Dios. «Ciertamente, en otro tiempo, no conociendo a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses» (Gálatas 4:8). En otro pasaje dice que los efesios estaban completamente sin Dios cuando estaban lejos del único que lo es (Efesios 2:12). No hay gran diferencia entre concebir un dios o muchos, porque en ambos casos uno se desvía del Dios verdadero y, cuando lo hace, no tiene más que un ídolo ridículo. Concluimos, como Lactancio, que no hay religión auténtica si no está unida a la verdad.³

4. La hipocresía

Para los hombres, un segundo mal consiste en no preocuparse por Dios si no se les obliga y en no querer acercarse a él si no son llevados a la fuerza. En este caso, no tienen la más mínima inclinación a experimentar un voluntario temor de Dios ante su majestad; viven un temor servil e impuesto, debido al juicio que aborrecen y detestan, porque no pueden evadirlo. Un poeta pagano⁴ dijo algo que encaja muy bien en este particular género de irreligión: que el temor es lo primero que uno se forja de los dioses. Los desenfrenados con un espíritu alejado de Dios desearían que su tribunal, que ellos saben que está para castigar las transgresiones, se deshiciera. Este sentimiento les lleva a luchar con fuerza contra Dios, que no puede dejarles sin juicio.

Como no pueden evitar el agobio que les provoca su poder y como se sienten incapaces de escapar de él, les invade el miedo. Además, para que no parezca en ninguna manera que desprecian a aquel bajo cuya influencia están, se esfuerzan como pueden en parecer religiosos. Sin embargo, dan rienda suelta a toda clase de

2. IC I, XI-XII; IV, VIII, 3-13; IX, 8; X, 16-18.

3. La cita no es textual. Lactancio, *Instituciones divinas*, I, II, v, VI, XX; IV, v. Lactancio (h. 250-325) es un escritor cristiano, convertido del paganismo. Perdió su trabajo de profesor a raíz de la gran persecución de Diocleciano y escribió sus *Instituciones divinas sobre los orígenes del error, la sabiduría y la verdadera religión*. Recupera su puesto tras la conversión de Constantino I.

4. Estacio, *Tebaida*, III, verso 661.

vicios y multiplican las atrocidades hasta que la ley de Dios quede del todo violada y su justicia destruida. O también, sin preocuparse de fingir ningún respeto, se satisfacen en sus pecados, se envanecen complacientes, prefiriendo soltar las riendas de la intemperancia de su carne antes que contenerla para obedecer al Espíritu Santo. Todo eso no es más que apariencia de religión, apenas una sombra fácilmente distinguible de la verdadera piedad que Dios inspira en los corazones de sus fieles y que difiere profundamente de este conocimiento tan exiguo y confuso. Se ve, por tanto, que la verdadera religión es la propia de los hijos de Dios. De modo que los hipócritas, con sus tortuosas conductas, quieren que se piense que están cerca de Dios cuando en realidad huyen de él. En lugar de tener una actitud igual de obediencia toda la vida, no tienen ningún escrúpulo en ofender aquí y allá, contentándose con apaciguar su ira con algunas ofrendas. En lugar de servirle con santidad y con un corazón íntegro, se inventan algunos artificios y ceremonias sin valor para hallar gracia ante él. Peor todavía, se conceden aún más desenfreno en tanto que se jactan de borrar sus pecados mediante invenciones que ellos llaman «satisfacciones». Mientras que nuestra confianza debería hundir sus raíces únicamente en Dios, ellos lo descuidan y cuentan con ellos mismos, aun no siendo más que hombres. Finalmente, se enredan en tal maraña de errores que la oscuridad de su maldad ahoga y rápidamente extingue las chispas que brillaban para permitirle percibir la gloria de Dios. No obstante, el pensamiento de que existe la divinidad permanece y no puede ser eliminado. Pero, debido a su origen, es un pensamiento tan corrompido que no produce más que malos frutos.

Concluyo, por tanto, que aquí se demuestra: por naturaleza, en el corazón de los hombres existe un cierto concepto de la divinidad que hasta los más impíos están obligados a reconocer. Pero mientras todo les va bien, bromean y se burlan de Dios, y hasta se jactan de ridiculizarle y de insultarle para rebajar su poder. Sin embargo, si les acucia alguna desesperación, les invita a buscar auxilio y les sugiere algunas oraciones que demuestran que no han ignorado a Dios del todo, sino que lo que debería haberse manifestado antes estaba retenido por su maldad y su rebelión.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
Institución de la religión cristiana.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!